

LO QUE VENDRÁ

**Treinta años y más de Ciencia Política
en la Universidad de Buenos Aires**

»»» *Luis Aznar*

Tres décadas de la Carrera de Ciencia Política: balances y desafíos

»»» *Elsa Llenderozas*

Retrato del joven profesor de ciencia política

»»» *Daniel García Delgado*

**A quince años del ingreso en el nuevo milenio.
La inflexión barroca de la postmodernidad
y la neutralización del juicio político**

»»» *Francisco Naishtat*

**La ciencia política entre entusiasmos, desencantos
y renovadas posibilidades**

»»» *Mabel Thwaites Rey*

Tres décadas de RRll en la UBA y los desafíos del siglo XXI

»»» *Alberto D. Cimadamore*

30 años de crecimiento, y de nuevos desafíos

»»» *Juan Manuel Abal Medina*

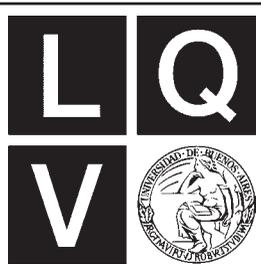
¿Qué dijiste que querías ser? ¿Podólogo?

»»» *Alejandro M. Estevez*

Carta abierta escrita a las apuradas

»»» *Daniel Cabrera*





Director

Martín D'Alessandro

Comité Editorial:

Luis Aznar

Franco Castiglioni

Arturo Fernández

Elsa Llenderozas

Jorge Mayer

Federico Schuster

Lilia Puig de Stubrin

Luis Tonelli

Tomás Varnagy

Carrera de Ciencia Política. FCS/UBA.

DIRECTORA:

Elsa Llenderozas

SECRETARIA ACADÉMICA:

Leila Tirpak

COORDINADOR TÉCNICO:

Sebastián Dabreinche

JUNTA DE CARRERA:

Clasutro de Profesores:

Luis Tonelli, César Caamaño, Paola Di Chiaro, Nicolás Tereschuk, Cecilia Abdo Ferez.

Clasutro de Graduados:

Francisco Olego, Pablo Moschend, Luciano Tano, Daniela Perrotta, Matías Maito.

Clasutro de Estudiantes:

Juan Ignacio Zanelli, Joaquín Alonso, Malena Buchbaum, María Florencia Figueredo, Emiliano Peres.

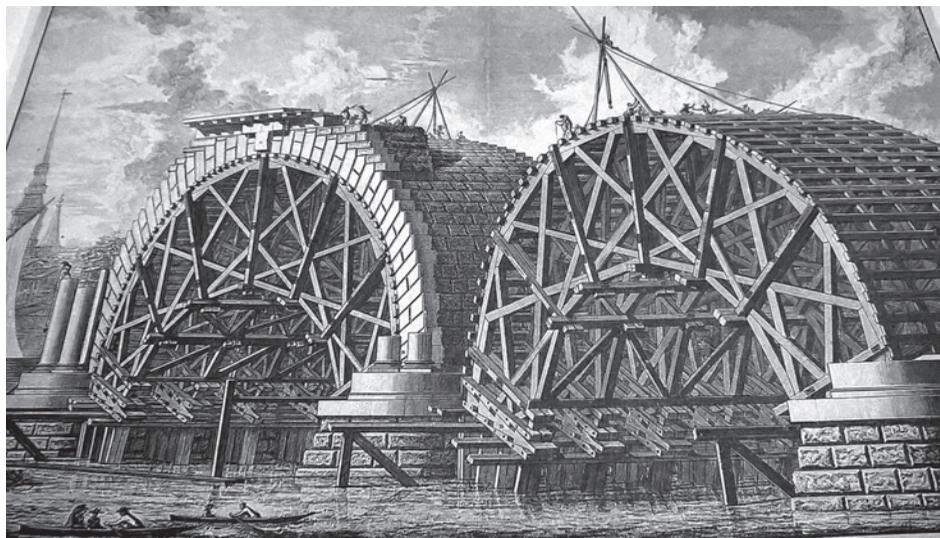
SEDE CONSTITUCIÓN:

Santiago del Estero 1029 (C1075AAU) Ciudad Autónoma de Buenos Aires – Argentina.

Tel +54 (11) 4305-6087/6168.

<http://cienciapolitica.sociales.uba.ar> / email: cpolit@sociales.uba.ar

Este número está dedicado al mundo del grabado de la mano del genial Giovanni Battista Piranesi (1720-1778). Fue un arqueólogo, arquitecto, investigador y grabador italiano. Realizó más de 2.000 grabados de edificios reales e imaginarios, estatuas y relieves de la época romana así como diseños originales para chimeneas y muebles.



ISSN 1668-7167

Ejemplares de
distribución
gratuita.

Editorial

La institucionalización de la ciencia política

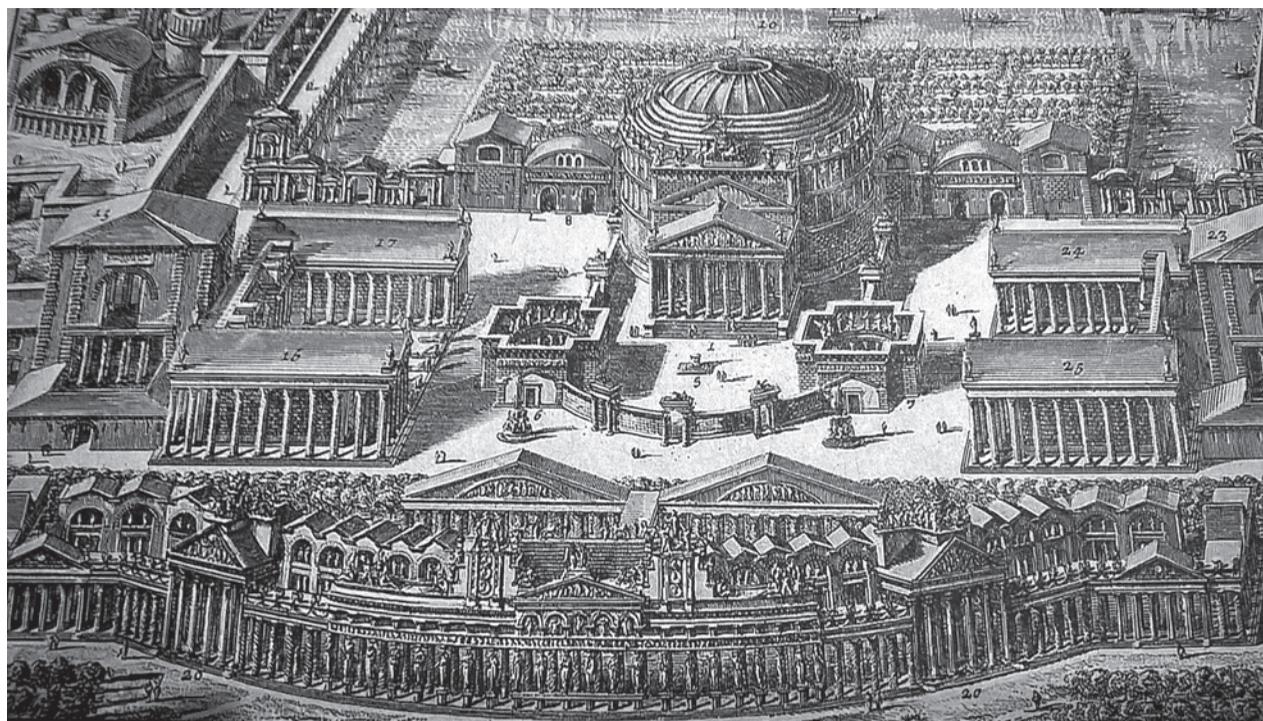
La ciencia política argentina viene experimentando desde hace varios años un continuo proceso de institucionalización. Esto quiere decir que se afianzan los conocimientos compartidos por una comunidad a la que es cada vez más fácil identificar, hay procedimientos científicos que se consolidan, como los congresos, las jornadas y las publicaciones periódicas, los saberes son cada vez más reconocidos por otras comunidades científicas y por la sociedad en su conjunto, y por supuesto, hay estabilidad (y crecimiento) en la reproducción del conocimiento en las instituciones educativas. En este sentido, el hecho de que nuestra Carrera haya cumplido treinta años, acompañado de que hayamos podido celebrarlo, como en este número de *Lo Que Vendrá* y otros eventos que lo precedieron, son un indicador más que elocuente de ese proceso de institucionalización.

Como se ha señalado en varios artículos y capítulos sobre la historia y el desarrollo de la disciplina en nuestro país (cuya publicación constituye otro indicador inequívoco), la creación de la Carrera de Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires ha sido un hito que cambió de plano la fisonomía y la dinámica de la realidad politológica local. Treinta años después, esa marca sigue vigente. Por eso hemos convocado a profesores que enseñan en la Carrera desde el primer día (Alberto Cimadamore, Mabel Thwaites Rey, Daniel García Delgado, Francisco Naishtat), a graduados que llegaron a ser profesores titulares regulares (Elsa Llenderozas, Juan Manuel Abal Medina), a un profesor que pertenece a la primera cohorte de graduados (Alejandro Estévez), a un profesor que agradece a sus profesores (Daniel Cabrera) y al primer Director elegido a través de elecciones (Luis Aznar).

Como todos sabemos, hay mucho para corregir y construir hacia adelante, pero la marca ha sido puesta y nosotros (profesores, graduados y estudiantes) tenemos que honrar el espacio que ocupamos mejorando lo que hacemos todo cuanto podamos. Nada está predeterminado sino que depende de nuestras acciones individuales y colectivas. Estar a la altura de la historia depende principalmente de nosotros.

Martín D'Alessandro

DIRECTOR



Treinta años y más de Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires

))) *Luis Aznar*

“Hoy que estoy en los cuarenta, en el debe de la vida...”

DE «EL CONVENTILLO» MILONGA
DE BAFFA/ROLÓN/DE LA TORRE

Para comprender mejor los orígenes y buena parte de la actualidad de la Carrera de Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires es conveniente tomar en cuenta —como en toda buena historia— algunos elementos anteriores y varias crisis. Para comenzar por algún lado recordemos, para los más jóvenes, el año 1966, el golpe de Estado encabezado por el general Juan C. Onganía y la cruenta Noche de los Bastones Largos. En ese momento, Luis Aznar (1903-1976), Profesor Titular de Introducción a la Historia e Historia Americana, era el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Había sido elegido para ese cargo en 1964, luego de la renuncia de su amigo de casi toda la vida, el historiador social José Luis Romero. Razones de salud y la confrontación casi permanente, que en ese momento resultó ser estratégicamente equivocada, de varios dirigentes de aquel entonces del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras (CEFYL) motivaron dicho alejamiento. Cosas de la(s) vida(s), uno de ellos —Oscar Landi— que falleció siendo Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales, en lo mejor de su etapa de producción teórica sobre política y medios de comunicación de masas, fue miembro en 1984 de la Comisión para la Creación de la Carrera de Ciencia Política en la UBA. Otro fue recientemente nombrado Profesor Consulto a pedido de la Carrera de Ciencia Política.

Yo trabajaba en los 60, mientras estudiaba sociología, como secretario privado y chofer del decano Aznar; luego de abandonar por profunda e intelectualmente cansadora mi actividad manual en el sótano-depósito de la editorial Fondo de Cultura Económica sita en ese entonces en la avenida Córdoba, casi Junín. La tarea de secretario privado me permitió, en esos años, ser testigo de primera mano de muchas conversaciones, reuniones y situaciones tan tensas como históricas.

Luego del golpe encabezado por Onganía y de la Declaración emitida por el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires denunciando el carácter autoritario y antidemocrático del mismo, mi padre pasó a ser, por mucho tiempo, el último decano de esa Facultad elegido democráticamente. Pero varios años antes, esos que muchos añoramos hoy en la Universidad de Buenos Aires por sus características académicas innovadoras y productivas, se había puesto en funcionamiento en Filosofía y Letras, respondiendo al insistente trabajo entre otros académicos de Gino Germani y Jorge Graciarena, la Carrera de Sociología (1957-1958). Ciencia Política no existía como licenciatura, por lo cual nuestro primer contacto con la literatura y la investigación “politológica” de la época se produjo para la mayoría en la materia Introducción a la Ciencia Política —por alguna oscura razón algo subvalorada— y en alguna de las denominadas sociologías especiales como por ejemplo Sistemas Políticos Comparados o Sociología de los Partidos Políticos. En distintos años y cuatrimestres fueron profesores de esta área, entre otros, los argentinos Luis A. Arocena, José Luis de Imaz y Lito Marín, y el

latinoamericanista norteamericano Kalman Silvert. Finalmente, quien mantuvo funcionando la materia hasta mediados de los 60 del siglo pasado fue Gerardo Andújar, un joven profesor anarquista y defensor hasta los últimos minutos del gobierno de Arturo Illía en el que había colaborado activamente. Aparentemente, Andújar falleció pocos años después en el exilio de manera absurda. Existe un bello y doloroso poema —in memoriam— escrito para los amigos por el distinguido profesor y poeta Darío Canton que, creo, debería ahora hacerse público como homenaje a quien fuera uno de los primeros sostenedores del aprendizaje sistemático de ciencia política en la Universidad de Buenos Aires.

Una mirada a las bibliografías de algunos programas de la primera etapa de la Carrera de Sociología (Biblioteca Nacional, Archivos, Colecciones Especiales, Programas de la Carrera de Sociología, UBA, Caja N° 1) permite tener una idea aproximada de los textos que se utilizaban además de los de Maquiavelo, Bodino, Montesquieu, Marx, Weber, Parsons, Merton y Gramsci. Como muestra hemos seleccionado los siguientes autores y textos: Ch. Merriam, *Systematic Politics* (University of Chicago Press, 1945); H. Finer, *La teoría y la práctica del Estado moderno* (FCE, sin año); S.M. Lipset, *Political Man* (Doubleday, 1959); K.H. Silvert, "Political Change in Latin America" (en *The United States and Latin America* (American Assembly, 1959); H. Heller, *Teoría del Estado* (México, 1942); UNESCO, "Contemporary Political Science" (Paris, 1950); G. Sabine, *Historia de la teoría política* (México, 1945); M. Duverger, *Los partidos políticos* (FCE, 1957); R. Michels, *Political Parties* (Glencoe, 1949); V.O. Key, *Politics, Parties and Pressure Groups* (Growel, 1952).

Pocos años después, en los 70 se desató el diluvio político-social, más exactamente las balas sobre las palabras, las decisiones autoritarias sobre la discusión plural, la pura coerción sobre el consenso activo y la dictadura en su más cruda expresión: la represión física. Para muchos la muerte, para algunos el exilio y después —como producto de decisiones político estratégicas insensatas— también la muerte; para otros diferentes exteriores y luego el retorno producidas la derrota en Malvinas y las elecciones de 1983. Entre estos últimos estábamos con Teté (conocida ahora por algunos como la Dra. Nélica Archenti) habiendo realizado un largo periplo a partir de 1976. De un Bariloche repentinamente amenazante a pocos días

de miedo en Buenos Aires y casi inmediatamente a una Caracas casi desconocida. Camino doloroso en sí mismo pero fecundo en algunas de sus consecuencias no esperadas: fue ahí donde me convertí en "politólogo" luego de ganar un concurso de Profesor en la Escuela de Estudios Políticos y Administrativos y cursar el doctorado en Ciencia Política de la Universidad Central de Venezuela. Casi ocho años después se produjo el retorno, relacionado con el inicio de una experiencia difícil de democracia pluralista y los intentos complicados de reinserción.

En esa época, el Rector Organizador de la Universidad de Buenos Aires, Francisco "Pancho" Delich, creó un nicho que sería para muchos fundamental. Puso en marcha la Carrera de Ciencia Política a partir del informe de la comisión coordinada por Carlos Strasser y nombró como su primer encargado a Edgardo Catterberg, que organizó y activó el funcionamiento de la estructura básica de la misma llevando adelante una política abierta y rigurosa de concursos de antecedentes y oposición para cubrir las distintas cátedras. Como si esto fuera poco se trabajó con éxito, apoyados de manera fundamental por el profesor Oscar Oszlak, en la creación de la Sociedad Argentina de Ciencia Política (SAAP, hoy presidida por un graduado de la Carrera) realizándose el primer Congreso Nacional de Ciencia Política en Huerta Grande en 1993.

Integrada a la nueva Facultad de Ciencias Sociales se hizo cargo interinamente de la Carrera de Ciencia Política la profesora Lilia Puig y poco después —lo digo con verdadero orgullo— fui elegido por la Junta de la Carrera y por el Consejo Directivo de la Facultad como el primer Director de la Carrera de Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires apoyado por el voto democrático de los profesores, graduados y estudiantes.

Los que siguieron fueron varios años de goce intelectual, de confrontación político-académica, de avances y retrocesos, de compleja construcción institucional donde surgieron amistades y resquemores varios. Pero como suelen decir mis amigos malamente afrancesados, *c'est la vie*, o como mencionaba reiterada y pragmáticamente el General, "no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos".

La tarea parecía relativamente fácil —había que seguir con lo ya hecho— pero no exenta de dificultades. Pronto nos dimos cuenta que la realidad, conflictiva y dialéctica como nos señala Don Karl desde sus

textos, había sobrepasado la planificación inicial e hicimos lo que había que hacer: modificamos el plan de estudios, cosa que se dice fácil pero que conllevó grados altísimos de dificultad no sólo internamente sino también a nivel del Consejo Superior. En paralelo, a través de Eudeba se realizaron reimpressiones de algunos textos clásicos, se tradujeron otros que eran novedades y se apoyó la producción local de textos sobre ciencia política y sociología política hasta alcanzar un volumen considerable.

Cuando lo consideré adecuado y cerca de mi primer pre-infarto, me concentré en mi ser docente dejando el manejo institucional en manos de otros docentes e investigadores quienes tuvieron que enfrentar múltiples desafíos, algunos novedosos, debido a circunstancias contextuales internas y externas de diferente nivel de conflictividad. Pasaron los años y en el marco de las siempre presentes y tensas relaciones centro-periferia a nivel nacional, por imitación, rabia, convencimiento y/o sana competencia —hubo de todo un poco—, la presencia de Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires y el accionar de sus egresados ayudó a varios grupos y universidades (públicas y privadas) del país y en particular del Gran Buenos Aires a expandir y/o diseñar e implementar carreras de ciencia política y diferentes centros de investigación y análisis político. Actualmente, el porcentaje de egresados de Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires en los planteles docentes de esas experiencias es realmente llamativo y en muchos casos mayoritario.

En varios sentidos podemos estar tranquilos ya que hemos cumplido con creces las expectativas iniciales, hemos hecho un buen trabajo y ahí están los resultados. La Carrera de Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires, plural y crítica, teórica y metodológicamente amplia y diversa está hoy, para bien o para mal, institucionalizada y reconocida socialmente. Por toda esa dura tarea de aquellos docentes, graduados y estudiantes que institucionalizaron en el espacio público a la ciencia política, hoy algunos se pueden dar el lujo —mirando con mucho interés su propio ombligo— de confrontar, por ejemplo, entre la filosofía política y la ciencia política de orientación

institucionalista, confundiendo —por error o por mala fe— los tantos. Es que no se trata de filosofía política versus análisis político comparado, ya que cualquier persona bien intencionada sabe y comprende que no existe buen análisis político que no esté fundado en una perspectiva teórico-metodológica adecuada a la problemática en cuestión y no tenga claro sus fundamentos filosóficos. El problema no es entonces la discusión esencialista sobre el “buen gobierno” o sobre el “buen orden político” versus el análisis empírico-histórico de regímenes políticos e instituciones de gobierno: es, entre otros, sobre cómo los actores —individuales y colectivos— generan entramados institucionales y cómo estos entramados ponen límites o coadyuvan al accionar político de los actores. Es bueno tener presente que los complejos de relaciones políticas y sociales presentan dos características que operan conjuntamente: a) permanencia —cierta regularidad y constancia del fenómeno— y b) variabilidad —dentro de la permanencia relativa, la estructura de las relaciones cambia de una sociedad a otra o en una misma sociedad en épocas históricas distintas—. Por lo tanto, las estructuras políticas y sociales, relativamente estables, no son más que objetivaciones transitorias de procesos. Contienen en sí relaciones contradictorias y conflictivas que son las que determinan su transformación histórica y las que permiten comprender y explicar su dinámica a través de las crisis.

Desde mi perspectiva, y con esto voy a finalizar este contacto, la investigación de la génesis de diferentes órdenes políticos, entendidos como síntesis históricas de las relaciones de poder y dominación, su estructuración institucional —por ejemplo las distintas formas estatales, las características de los diferentes regímenes políticos, el diseño de las políticas públicas, los sistemas de partidos a nivel nacional y subnacional, etc.— y sus procesos conflictivos de cambio y transformación marcan uno de los puntos de partida de la indagación de la ciencia política contemporánea como teoría y cómo práctica.

Termino por ahora con una modesta promesa: como Profesor Consulto seguiré acompañándolos y ayudando en lo que sea necesario. Y también por cierto molestando un poco, como siempre.

Tres décadas de la Carrera de Ciencia Política: balances y desafíos

»» *Elsa Llenderozas*

Los aniversarios siempre nos invitan a hacer balances y a reflexionar sobre el camino recorrido. Sin duda son muchos los logros que podemos enumerar, pero fundamentalmente se trata de un resultado: la institucionalización de la Carrera de Ciencia Política en el ámbito de la Facultad de Ciencias Sociales, en la Universidad de Buenos Aires y en la comunidad politológica argentina.

Hago memoria de esos treinta años, y pienso que, como seguramente les pasa a otros colegas, muchos de los sucesos más felices y más importantes de nuestras vidas se los debemos a la Carrera de Ciencia Política, a nuestro paso por esta Facultad y a la UBA. En mi caso particular, debo estar en la segunda camada de graduados. Como estudiantes vivimos las condiciones más difíciles y extrañas de cursada, nuestra carrera deambuló por los subsuelos de la Facultad de Derecho, por oficinas del Centro de Estudios Avanzados en una galería de la calle Florida, en una casa en la calle Ayacucho, hasta llegar a la sede de Marcelo T. de Alvear. Luego le siguieron el edificio de Parque Centenario hasta llegar a nuestro edificio definitivo. Vivimos todas las mudanzas con mucha incertidumbre, sin embargo el crecimiento de la carrera no se detuvo.

Inmediatamente después de graduada comencé en la docencia. Pasaron muchos años desde entonces, pero en ese camino me convertí en la primera graduada en alcanzar el cargo de Profesora Titular Regular en esta carrera, y ahora soy la primera graduada y la primera mujer en ocupar el cargo de Directora. No me malinterpreten, no se trata de un discurso auto-referente. Quiero subrayar que se trata de un logro

institucional, que todos nosotros lo vivimos como un hito, un símbolo de que seguimos creciendo y que nos hemos consolidado como institución de educación superior, como ámbito de investigación, de desarrollo de conocimiento y posiblemente como la comunidad académica politológica más importante del país. No se trata de un juicio apresurado. Se fundamenta en el desempeño y el reconocimiento de nuestros graduados en el país y en el exterior, en distintos ámbitos, públicos y privados, con perfiles profesionales diversos. Se debe también a la excelencia de nuestros profesores y docentes, y al nivel académico de nuestros estudiantes. Todos ellos se destacan en su rol y hacen de nuestra Carrera de Ciencia Política una institución de prestigio dentro de la Universidad de Buenos Aires.

Me siento muy honrada por asumir este cargo de dirección pero también estoy profundamente agradecida a todos los profesores, graduados y estudiantes que nos apoyaron, así como aquellos que, sin apoyarnos en las elecciones, nos acercan sugerencias, ideas, nos proponen iniciativas, que ayuden a mejorar nuestra carrera. En todos identifico un interés genuino en contribuir al desarrollo institucional. Siempre tendrán las puertas abiertas y el espacio para colaborar.

Sin duda son muchos los logros en estas tres décadas de trayectoria, pero también nos obliga a pensar sobre nuevos desafíos y oportunidades. Tenemos que reconstruir una memoria institucional, precisar el número de graduados, identificar los espacios de inserción laboral de los mismos, diferenciar las cifras de graduados por género y por edad. Saber un poco más de las tendencias de corto, mediano y quizás largo plazo que están dando forma a nuestra institución, y necesi-

tamos trabajar para mejorar las tasas de inscripción, de permanencia y de graduación.

También tenemos por delante una reforma curricular, una modificación del plan de estudios aún pendiente, que deberá hacerse de manera consensuada. En ese contexto, nuestra carrera necesita que se jerarquicen las orientaciones ya definidas y cubrir las áreas de vacancia en los grandes contenidos temáticos.

Como institución necesitamos profundizar los vínculos de la Carrera con nuestros graduados a partir del trabajo en red, de manera de identificar politólogos de distintos perfiles profesionales que han desarrollado espacios de inserción diferentes pero complementarios. Tenemos que fomentar una cultura de redes, apoyando la construcción de una base de datos para la identificación de graduados con distintos roles, en áreas temáticas diversas.

Otro desafío que tenemos por delante es promover mecanismos y oportunidades de inserción laboral de nuestros graduados recientes, apuntando también a implementar un programa de mentoreo para las politólogas jóvenes que ayude en su proceso de desa-

rollo profesional. También los estudiantes demandan y merecen más oportunidades. Desde la Carrera tenemos que explorar más posibilidades de prácticas pre-profesionales y desarrollar herramientas que los preparen para el mundo laboral.

Necesitamos ampliar la difusión del conocimiento de nuestros profesores en los medios de comunicación y fomentar la transferencia de esos saberes en distintas áreas del sector público: nacional, provincial y municipal. Desde la Carrera tenemos que promover el intercambio académico con colegas de otras universidades nacionales y extranjeras. En suma, es el desafío de mantener y en lo posible aumentar, el nivel de excelencia académica de nuestra institución.

Estos son algunos de los retos que observamos en el ámbito de nuestra institución. Queremos seguir siendo la Carrera de Ciencia Política más grande y más importante del país. Pero esto solo lo podemos hacer en conjunto, con nuestros excelentes docentes, con el nivel de nuestros estudiantes y con el reconocimiento de nuestros graduados. A todos los convoco a que se sumen a este gran desafío.



Retrato del joven profesor de ciencia política

»» Daniel García Delgado

La vida te da sorpresas, como dice Rubén Blades. Cuando me fui al exilio en España nunca imaginé que volvería hecho un joven politólogo con la promesa de ser un buen docente en ciencia política. En realidad no fue tan fácil. En España para ese tiempo se abrían dos puertas mágicas que convulsionaban la sociedad: la política —con la transición democrática y los Pactos de la Moncloa— y la del “destape” —no menos fascinante porque, después de estar aprisionados por décadas de autoritarismo e imperativos morales rígidos, podía entrar todo de la Europa más liberal y democrática de lo que hasta entonces estaba censurado: libros, revistas, films, arte, espectáculos, trasgresiones—. Eran dos aperturas simultáneas, la democrática y la cultural, y yo entré de lleno en ambas.

Por la primera estudié en el Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL), y trabajé con Julio Aurelio y Enrique Zuleta Puceiro, que tenían una consultora sobre opinión pública y demoscopia para asesorar a los principales partidos políticos del sistema. Por la segunda, trabajé en un negocio de unos compatriotas que se la rebuscaban en el mercado de la comunicación y la gráfica, y participé traduciendo películas, cuentos para chicos... en fin, de todo. Pero la parte más importante era la literaria. Tenía el deseo de escribir y el realismo mágico en el imaginario. De manera que no la pasaba mal allá en Madrid, hasta pensaba que mi destino era la de ser escritor. Pero no fue así, la transición nuestra me trajo de vuelta a Buenos Aires en un barco de inmigrantes.

Al poco tiempo tuve que decidir entre mis dos vocaciones, y la Flacso precipitó mi decisión. Entré en una Maestría de Ciencias Sociales, que terminó por

volcar la balanza vocacional hacia la ciencia política, la democracia y el transformar la realidad. Al poco tiempo, la transición en el país permitió abrir nuevos espacios de debate académico en las universidades, con un mayor dinamismo. No imaginé que no solo sería uno de los sobrevivientes de una generación diezmada, sino también uno de los docentes iniciadores de la Carrera de Ciencia Política, que tuvo su primera sede oficial en la calle Ayacucho, en Balvanera. Empecé cursando por “Sociología política” con un jurado que presidía Fayt. No me acuerdo cuáles eran los otros jurados, pero sí que Fayt ya me parecía muy viejo por entonces.

Y recuerdo también que el perfil profesional que había adoptado finalmente no era muy claro a nivel laboral ante la sociedad. Tampoco ante mi familia. Cuando venían mis hijas del colegio me decían que la maestra les había preguntado de qué trabajaba su padre y no sabían qué contestarles. Hubiera sido más fácil decir “ingeniero”, “médico” o “contador” que “politólogo”. Las maestras subrayaban esa palabra como diciendo “¿qué era?”.

Sin embargo, cuando comenzó la Carrera había una gran ilusión. Era la portadora de la flamante utopía democrática, de las claves de su consolidación, de los arcanos de la gobernabilidad. Lo intelectual político comenzaba a cotizar alto. En ese momento, el joven profesor de ciencia política usaba traje oscuro y corbata, llevaba una valijita *attaché* que mostraba que la carrera todavía no estaba muy alejada de las ciencias jurídicas de donde había surgido. En las constantes idas y vueltas por Marcelo T. de Alvear descubrí tres cosas. La primera, que lo mejor que tiene la UBA

es su gente. En particular en la Facultad de Ciencias Sociales, los alumnos son estimulantes, se transforman luego en ayudantes, docentes, jefes de trabajos prácticos, se vuelven muy buenos investigadores y docentes.

La segunda, que sin mi familia no hubiera dado saltos de calidad en mi vida profesional. Eso lo pude comprobar una vez cuando ya era profesor titular por concurso de Teoría política contemporánea, me ofrecieron una beca para ir a estudiar en Alemania.

—¡Pero tengo 6 hijas!, le dije a un maestro de la sociología argentina que me impulsaba a aceptarla: Floreal Forni.

—Bueno, los alemanes están acostumbrados a eso. No son tan apegados como nosotros —me contestó.

—Pero el idioma... ¡no sé ni una jota de alemán!

—Bueno, no te preocupes tampoco. En un año lo lograrás —me aseguro nuevamente.

Pero faltaba todavía mi mujer, y eso era impredecible. Conociéndome bien, resignada, pero sabiendo que apoyaba mi vocación, ella me dio el OK para la partida, en una tarde calurosa de verano mientras subía por las escaleras mecánicas de Ezeiza como en una ascensión hacia una nueva etapa académica. Llegué entonces a Mainz, una ciudad que estaba nevada cercana a Frankfurt (un pueblito que parecía sacado de una novela de John Le Carré: “En una pequeña ciudad de Alemania”) para realizar a estudios de posgrado en el Institut für Politikwissenschaft, en la Universität Arnold Guttenberg.

La distancia es buena, las bibliotecas son mejores que las nuestras, el estar con todo el tiempo del mundo para estudiar, también. El debatir con otras personas que nada tienen que ver con tu realidad junto a catedrales medievales es estimulante. De manera que la estancia me fue muy útil y volví con una tesis con la cual terminé de doctorarme en Filosofía y Letras de la UBA: “Estado y sociedad”.

La tercera cosa que descubrí es que el triángulo institucional que se generó entre la UBA, el Conicet y la Flacso me ayudó en mi tarea docente. El Conicet, para lograr disciplina de investigador, generar proyectos de investigación, responder informes, buscar promociones, publicar en revistas con referato. La UBA, por tener un campo de transferencia de la investigación a jóvenes alumnos ávidos y con la ayuda inestimable en la materia de Teoría política contemporánea, de Jorge Tirenzi, Luciano Noretto, Cristina Ruiz del Ferrier, y de un equipo de ayudantes de cáte-

dra de excelente nivel. Y la Flacso con sus cursos de posgrado también era un ámbito institucional de integración, donde imaginaba el área de Estado y Políticas Públicas como un espacio para debates esenciales de América Latina.

Tuve debates importantes con Juan Carlos Portantiero sobre las tradiciones políticas en nuestro país. Cuestioné su tesis sobre ausencia de una tradición política democrática en los inicios de la transición y, por lo tanto, de la necesidad de refundar una. Así nació “Raíces cuestionadas: la tradición popular y la democracia”. Pero mi primera obra académica fue la crítica al neoliberalismo, ya a mediados de los 70, “El ascenso del neoliberalismo”, en el CIAS, donde comencé a estudiar los teóricos de la ortodoxia, atisbando qué aspectos o dimensiones de la realidad eran gravitantes y necesarios de explicar. La posición del cientista político es también a veces la de un precursor solitario. La vida y la profesión tienen un componente agrídulce o de desazón, de muchas veces navegar a contracorriente y de ser precursor con la valentía de ir contra el *mainstream* académico: el institucionalismo.

¿Para qué hacía ciencia política? ¿Para qué me desvelaba muchas veces caminando por calles insomnes, viendo un esquema que cierra, un concepto más ajustado, y un discurso más esclarecedor? ¿Para qué, en un país con cierta tentación a lo cíclico, a volver atrás, a discutir las mismas cosas y a empezar de nuevo? La primera respuesta que me surgió y que atravesó toda mi carrera fue la de ayudar a transformar la realidad. La segunda, que nuestras reflexiones e investigaciones no debían ser extrapolaciones de otros espacios y teorías de países desarrollados, sino que tenían que ser situadas, es decir, una ciencia política que tuviera la responsabilidad y la función de estudiar, comprender y explicar el poder en su país. Entender el Estado, la política, las instituciones como una contribución a ampliar nuestros márgenes de autonomía y de justicia.

También en ese tiempo me atrajo el tema del Estado y las reformas estructurales, que fascinó en los 90, junto al Consenso de Washington como expresión hegemónica del neoliberalismo, y como parte del análisis de las reformas estructurales de primera y segunda generación. Ese cambio de una etapa del Estado de Bienestar Social a otro “mínimo” neoliberal me llevó a entablar diálogos, debates y aprendizajes con investigadores como Guillermo O’Donnell, Oscar Oszlak y Norbert Lechner.

Tercera fascinación: por el proceso de globalización que erosionaba a los estados nación, particularmente a su soberanía y capacidad de generar políticas autónomas. No sólo eran las reformas neoliberales lo que me resultaba trascendente entender, sino también el por qué de este cambio contemporáneo, de privatización, aperturas, endeudamiento, individualismo que no llevaban precisamente a una buena sociedad pero que a mucha gente le parecían inevitables. La globalización fue el disparador de otro mojón importante de mi tarea de investigador y docente. Con una interpretación distinta a la del institucionalismo de David Held, a las teorías del Estado “mínimo” y de la “gobernanza” global como gestión técnica, gerencial y naturalizada del mundo.

Pero hubo un día, mirando llover en Florianópolis, que imaginé tres libros necesarios e imprescindibles para mi carrera. Una especie de trilogía que necesitaba escribir para comprender ciertos procesos sociales en curso en el comienzo del milenio. Bajo una tormenta que teñía interminablemente de gris los morros verdeamarelos, imaginé tres libros: *El desarrollo local; Estado, nación y globalización* y *El Estado nación y la crisis del modelo. El estrecho sendero*. Este último, con la necesidad de dar respuesta al interrogante sobre cómo encontrar una salida del modelo neoliberal que no fuera catastrófica. ¿Cuál era el camino o rumbo posible? El “contexto postneoliberal” —que escribí con Luciano Noretto— fue una respuesta. Que ya se anticipaba una salida original junto el ascenso de Néstor Kirchner y otros gobiernos de la región con parecidas orientaciones posneoliberales, que protagonizaron el “giro a la izquierda” tomado por América Latina después del “no al Alca”.

Ahora bien, uno está acostumbrado como cientista social a estar siempre analizando crisis y a ver en algunos casos cómo superarlas, así como los periodistas siempre están trabajando en los escándalos. Es el sino de la carrera, pero lo curioso es que uno tiene sus propias crisis, en particular las de la mitad de la vida y no tiene respuestas prefijadas. Esto es inevitable y desaconsejable a la vez. Porque las de la adolescencia o primera juventud son aquellas donde uno tiene que definir quién es y qué quiere hacer en la vida, pero la crisis de la mitad de la vida es más sorpresiva y complicada. Es cuando uno ya logró algo de lo que se proponía, por caso ser politólogo, profesor titular, investigador del Conicet, pero se replantea si esos logros valieron la pena, si logró transformar el mundo o cam-

biar en algo la realidad. Y finalmente, si era eso lo que uno verdaderamente quería... Y todo ello acompañado por las rutinarias clases en Marcelo T., en Parque Centenario, en Santiago del Estero... lugares atractivos pero hostiles en su infraestructura a la actividad docente. Como si uno tuviera que ser docente a pesar de todo eso. En la medida que se profundizó esta segunda crisis pensé en esa vocación olvidada. Y me puse a escribir una novela también a contracorriente, a la que sólo me alentó nuevamente mi familia. Tenía toda esa reprimida voluntad de escalar otra montaña o tal vez el deseo inconfesable y posmoderno de ser famoso, y finalmente escribí *La aventura urbana*.

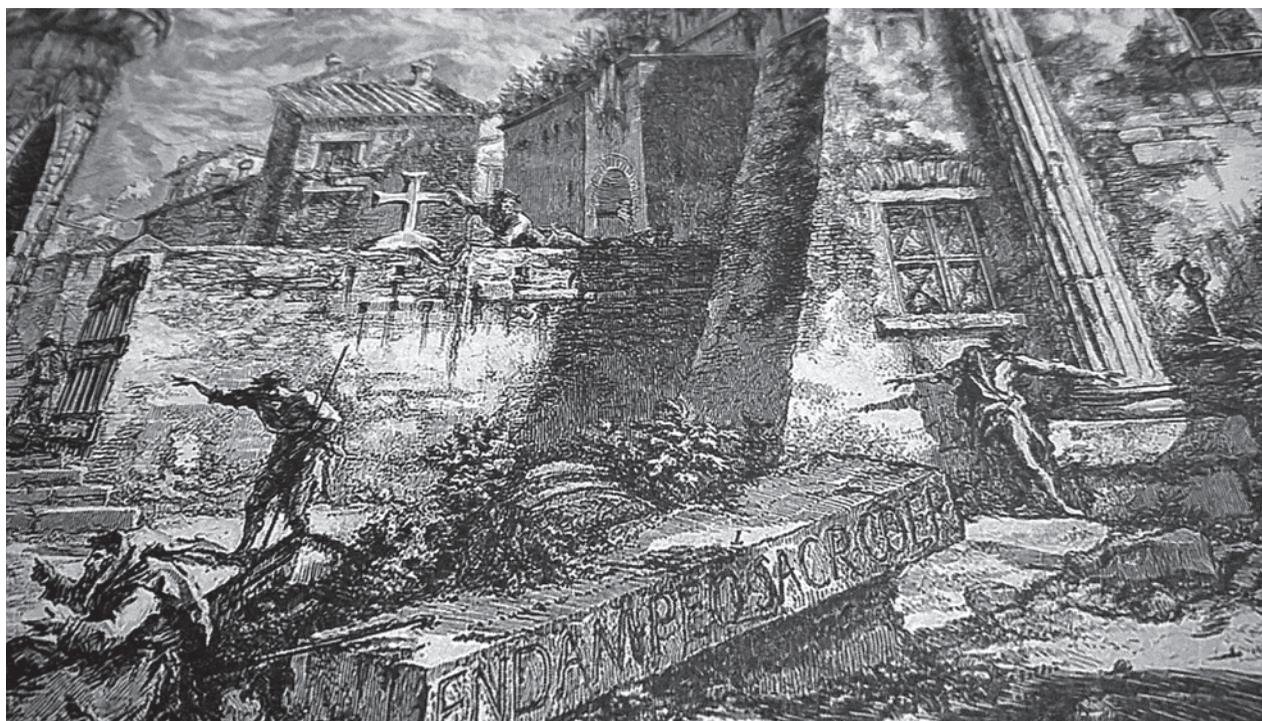
Le siguió el libro sobre el modelo de desarrollo, porque ya había pasado la crisis y pensé que el tema tenía una envergadura teórico política. Que no era un problema exclusivo solo de economistas, donde los politólogos no tienen nada que decir, porque la génesis de todo modelo es el rumbo, una decisión, el hacia dónde, y esto depende de la autonomía de la política y la soberanía del Estado, de lo agonístico de la política, como diría Chantal Mouffe. Así surgió *El modelo de desarrollo con inclusión. La estrategia de mediano plazo*.

Transcurridos los treinta años, creo que la Carrera avanzó en su instalación en la sociedad, ayudó a la misma democracia con que surgió a su consolidación, a inscribir un relato de análisis en el espacio público. Y muchas veces los cambios que se han producido han superado la misma perspectiva que uno tenía sobre ellos pocos años atrás. Nuestra cátedra en particular el TPC dió lugar a muchos que tomaron la política como profesión, como académicos investigadores o funcionarios públicos salieron de sus aulas y hoy ocupan espacios significativos en la política y en la función pública. Y un dato que también me parece positivo, es que Argentina, a diferencia de los otros países de la región, es reconocida por su creatividad teórica, tanto en economía como en teoría política, y esto es en parte gracias a la Carrera de Ciencia Política de la UBA, a su gente, alumnos y docentes, y a sus treinta años que hoy celebramos.

Sí, la política en nuestro país y en este tiempo de cambio incesante es fascinante. Nunca sabés con el quilombo que te vas a levantar a la mañana ni con cuál te vas acostar a la noche. No es fácil saber lo que vendrá. Pero la persistencia, la constancia, el trabajo en equipo, los relatos colectivos, tienen sus logros y creo que finalmente nos han llevado a una sociedad mejor. Tal vez fue eso que algún día, allá lejos, hace mucho

tiempo, cuando Buenos Aires no tenía torres y las calles de la Facultad eran más tranquilas, decidí volcarme por la ciencia política. Lo recuerdo ahora. Era un hombre joven que tenía pasión por luchar por todo, por la militancia, el estudio sistemático, la familia y los desafíos permanentes que afronté junto a ella, el equipo de trabajo de la cátedra, del área, y otros actores y grupos, como el Grupo Farrell.

Todo ello fue porque detrás del profesor existía un hombre que tomó decisiones fuertes en su vida, que tenía energías para afrontar los desafíos y aquilatar los momentos fuera del país, en la investigación y en la cátedra. La energía y la fortaleza de un compromiso existencial con los que aspiré a construir mi vida estuvieron presentes cuando un día me decidí a ser un joven profesor de ciencia política.



A quince años del ingreso en el nuevo milenio. La inflexión barroca de la postmodernidad y la neutralización del juicio político

))) *Francisco Naishtat*

Ya han transcurrido quince años desde el comienzo del nuevo milenio. No es la perspectiva cósmica, portadora de rasgos sublimes y míticos, de la famosa película de Stanley Kubrick "2001: Una odisea del espacio" (1968), la que define la apertura del tercer milenio, sino más bien aquella más ominosa de una crisis geopolítica que podría asumir las características de una "catástrofe continua". Esta crisis adquirió de inmediato un carácter mundial no desprovisto de rasgos escatológicos. En 2001 tuvieron lugar dos acontecimientos que inauguraron el siglo XXI en el sentido de una catástrofe geopolítica continua: el del 11 de septiembre y el del 22 de diciembre. La primera de estas fechas es bien conocida y remite al ataque al World Trade Center, universalmente designado con el sintagma "9/11"; la segunda solamente es familiar en el Río de la Plata y coincide con el pico de la crisis en Argentina, seguido de la quiebra del país y de la caída del gobierno de De la Rúa.

Pienso sin embargo que estos dos acontecimientos de naturaleza extrema y bastante cercanos en el tiempo forman parte, a pesar de su carácter independiente y heterogéneo, de una misma constelación de signos y podrían ser interpretados como los detonantes de una "explosión barroca de la posmodernidad". No estoy sugiriendo que se trate de una salida de la postmodernidad, sino más bien de la eclosión de una desviación barroca, ya inscrita en el corazón del siglo XX, y cuya propagación anunciaría el fin de la "era lúdica" de la posmodernidad, si se me permite tomar prestada la expresión al filósofo español Félix Duque (2004), quien designa con este término el período inaugurado por la Posguerra Fría. Si la esencia de la era

lúdica fue la fantasmagoría de una culminación de la historia con las características del libre comercio, del multiculturalismo y del juego político liberal bajo el paradigma de una globalización domesticada por las reglas procedurales de las instituciones capitalistas, el momento barroco a su vez quedaría marcado por la banalización de medidas excepcionales en las naciones occidentales tras los atentados del 9/11 y por el desbordamiento de la gobernanza económica de la globalización, con el resultado del estallido del Consenso de Washington y de sus marcos de referencia paradigmáticos. En este contexto, el episodio de la crisis argentina fue un signo premonitorio. Sin pretender de ninguna manera embarcarme en una discusión teórica sobre el barroco, me remito más bien a una cierta constelación de manifestaciones que se pueden oponer inequívocamente al momento lúdico de la posmodernidad. Un extremo de esta constelación es el fenómeno de la catástrofe continua, tal como Walter Benjamin lo sugiere en relación con el drama barroco alemán en su *Trauerspielbuch* (1928). Este fenómeno corresponde a una forma de excepcionalidad imposible de prevenir, de expulsar o de descartar definitivamente (*auszuschließen*) mediante cualquier acción del soberano y que en realidad tiende a inscribirse dentro del marco de vida histórico como un elemento permanente de este último.

Precisamente, uno de los rasgos singulares del fenómeno del terrorismo mundial desencadenado por los acontecimientos del 9/11 es el hecho de que fue definido, por las mismas personas cuya función consistía en prevenir y evitar el evento, como una amenaza que a partir de entonces se instalaría en forma per-

manente de manera que, independientemente del estado de las cosas en el mundo, nunca podremos estar seguros de librarnos de ella. En este sentido el terrorismo global es una suerte de catástrofe continua con connotaciones biopolíticas que solo podemos atenuar en lugar de erradicar, al igual de lo que sucede con los llamados desastres naturales aunque en realidad son inducidos por la actividad humana en el planeta, como el agotamiento de las fuentes orgánicas de energía y el cambio climático. Estas catástrofes nunca desaparecen por completo, pero se manifiestan en forma intermitente e irregular. Por lo tanto, es comprensible que este acontecimiento revista la apariencia de una serie: después del ataque al World Trade Center, el sintagma 9/11 se convirtió en un modelo de designación universal para nombrar eventos catastróficos sumamente diversos. Por otro lado hoy vemos, a quince años de distancia, que la crisis de la deuda de la Argentina, en el pasado confinada a la singularidad de un caso presentado por la prensa mundial como una individualidad teratológica, se ha banalizado como resultado del “Club Mediterráneo de la deuda”, cuyo ejemplo más notable es la crisis en Grecia, país que ya ha empezado a caer por los mismos abismos, si no peores, que los que conoció nuestro país en 2001.

Esta dimensión de catástrofe continua que inauguró el siglo XXI confluye, como consecuencia de los episodios mencionados de 2001, con la crisis de la soberanía moderna inducida por la globalización en el curso de las últimas décadas del siglo XX. En lo que concierne la soberanía nacional, desde el momento en que nos enmarcamos en el contexto de la globalización no es difícil reconocer una dimensión de crisis permanente, que pone en crisis la noción misma de “crisis”. A diferencia de la noción médica de crisis hipocrática, cuyo destino inexorable es la resolución, ya sea por la curación o por la muerte del cuerpo enfermo, las crisis del nuevo tipo se caracterizan por su permanencia y su prolongación en el tiempo, como si la excepción se hubiese convertido en la regla. En lo atinente a la soberanía, Carl Schmitt ya había señalado en su obra clásica *El Nomos de la Tierra* (1950) que la fuente de poder es la posesión de la tierra, en el sentido literal de la territorialidad, y que la idea misma de la ley remite originalmente a una determinada distribución impuesta de la tierra. Schmitt reconoció que este concepto no era válido en el caso del mar: en un principio, el derecho soberano se limita a la posesión de la tierra, mientras que en el caso del mar, este derecho queda a mer-

ced de la piratería. Por cierto, Schmitt admite que esta dicotomía radical entre tierra y mar habrá de experimentar a su vez una evolución significativa hasta el punto que, desde hace ya mucho tiempo, el mar se convirtió en un espacio de jurisdicción disputada y de riqueza soberana al igual que el espacio aéreo, el cual también está protegido por un marco jurídico internacional. Pero desde hace tiempo se sabe que los derechos soberanos marítimos y aéreos derivan de la soberanía sobre el territorio. Esta asimetría entre la tierra y el mar significa que el poder original es territorial: somos soberanos sólo en referencia a un territorio, en referencia al suelo; ningún poder soberano se basa inicialmente en el mar, en el océano y ni siquiera en el espacio aéreo, y si bien en el transcurso del tiempo el derecho internacional, originalmente *ius gentium*, incorporó las famosas doce millas náuticas a la soberanía de un país, este concepto sólo es válido en referencia al territorio y al relieve costero de dicho territorio soberano. Sin embargo, este sistema de soberanía comenzó a debilitarse desde el momento en que la globalización económica del capitalismo generó una fuerza de expansión mundial que obligó a las naciones a enfrentarse a un poder financiero cuya velocidad y masa superan con creces las de la escala territorial. Los poderes del sistema financiero; los grandes monopolios industriales; las *joint-ventures* y todos los epifenómenos económicos de la globalización capitalista, como los sistemas de calificación de riesgo y los epifenómenos del capitalismo institucional mundial, escapan al sistema de soberanía territorial, por lo que el soberano, como lo afirma Walter Benjamin en su *Ursprung des deutschen Trauerspiels* (1928) refiriéndose a la era barroca del XVII, ya no es el que decide la situación excepcional sino aquel que no puede decidir: el poder soberano, tanto en el contexto del barroco como en el de la hipermodernidad actual, ya no se definiría por la facultad de decisión del príncipe sino más bien por su incapacidad de adoptar cualquier decisión. Esta analogía con el barroco nos permite entender con mayor claridad el fenómeno de la globalización y de la crisis de soberanía contemporánea. En efecto, es posible observar que la topología política, definida por los sistemas de soberanía territorial a través del concepto schmittiano de “Nomos de la Tierra”, es desafiada por la globalización en tanto que época incierta, la cual revela los límites del sistema de poderes territoriales para dejar al descubierto una crisis de soberanía.

Mi segunda premisa, que en este contexto no necesita ninguna justificación, es que el horizonte posideológico y poshistórico hacia el cual se encaminaron nuestras sociedades desde el fin de la Guerra Fría se refleja en la neutralización del juicio (Poulain 1993), lo que a su vez se acompaña de un desplazamiento de las reservas de sentido, las cuales pasan del plano político al plano social (Arendt 1958) en su acepción más amplia en tanto que reservas de motivación y de identidad personal extraídas de fuentes culturales, profesionales o religiosas en detrimento de las fuentes políticas. Un corolario de esta premisa, sólidamente establecida en la sociología contemporánea desde Max Weber, es que el funcionamiento del sistema político en las sociedades complejas, plurales y multiculturales del mundo occidental y la legitimidad secularizada que le corresponde no dependen de una reserva de sentido sustancial y común a toda la sociedad sino más bien de una legitimidad vinculada al funcionamiento burocrático de las normas y los derechos que podría designarse con el término de “burocraticolegal” acuñado por Weber.

Por lo tanto partimos de dos premisas ampliamente evidentes en la facticidad del mundo globalizado: la de la globalización y crisis resultante de las soberanías territoriales por un lado y la de la secularización y “multiculturalismo” por el otro, ambas acompañadas de la neutralización del juicio político. ¿De qué manera estas dos realidades convergentes del mundo contemporáneo interactúan mutuamente? Existe una afinidad selectiva en la forma más bien procedural con la que se tiende a confinar las respuestas a esta situación dentro del marco de la teoría política democrática: cuando hablamos de globalización y de crisis del sistema de soberanía clásico lo hacemos para resaltar el carácter transitorio del orden estatal y soberanista actual y la necesidad de crear una regulación posnacional que permita domesticar gradualmente, sin atentar contra la ley ni contra el principio de la soberanía de las leyes, los aspectos de la globalización económica y al mismo tiempo integrar progresivamente en el marco jurídico de los estados los principios reguladores de los derechos de tercera, cuarta y quinta generaciones, como los derechos sociales, los derechos comunitarios, los derechos ambientales y, en general, todos los derechos relacionados con los aspectos recalcitrantes de una globalización que podríamos definir como desordenada. Ahora bien, cuando hablamos del multiculturalismo de las sociedades

contemporáneas, lo hacemos para señalar que la legitimidad de los sistemas jurídicos del mundo moderno secularizado no deriva de otra forma sustancial que no sea estos propios principios normativos, los cuales deben ser totalmente compatibles con la totalidad de las culturas que conviven regidas por estas leyes bajo la sola condición de obedecer los principios de la tolerancia intercultural y del respeto de las normas comunes. ¿Por qué habríamos de necesitar, como lo suponían Rousseau y Durkheim, una religión civil común a todas las culturas cuando aparentemente a todo el mundo le conviene que el sistema de normas funcione? En un ensayo acerca de este tópico, los sociólogos alemanes Berger y Luckmann (1995) toman como ejemplo las normas de tránsito urbanas: para respetar estas reglas no es necesario abreviar en una fuente de interpretación común. Incluso puedo radicalizar la metáfora y añadir que no es necesario compartir el mismo objetivo ni el mismo destino del viaje y que ni siquiera necesitamos saber adónde se dirige cada persona para suponer que todos van a respetar las normas de tránsito, simplemente porque les conviene hacerlo. Del mismo modo, no necesitamos saber de qué manera cada uno cumplirá con su exigencia simbólica de significación en esta vida temporal para suponer que tendrá interés en respetar las normas comunes de la vida cívica y en convivir pacíficamente con sus semejantes, siempre que haya aprendido a reconocer una forma de vida pluralista y tolerante que ante todo le permitirá satisfacer su propia vocación privada.

En consecuencia, desde esta perspectiva podríamos integrar, sin apartarnos del marco liberal y procesal de los derechos, a la vez la respuesta a la crisis de la soberanía clásica y la respuesta a la crisis de sentido resultante de la secularización posideológica y poshistórica. En lo que concierne a la primera bastaría integrar progresivamente, de acuerdo con el consenso de los estados soberanos democráticos, normas legales que serían cada vez más restrictivas en relación con una globalización considerada salvaje y las nuevas generaciones de derechos surgidos de la dinámica progresista de la globalización propiamente dicha (derechos de las comunidades, derechos ambientales, etc.). En cuanto a la crisis de sentido resultante de la secularización posideológica y poshistórica, la dinámica del pluralismo axiológico y hermenéutico pueden muy bien combinarse con una estabilización del sentido existencial de los ciudadanos, en la medida

que estos no necesitan de ningún modo reconocer un terreno sustancial, religioso, ideológico o histórico común para conferir legitimidad al ordenamiento jurídico de los estados seculares modernos. De esta manera, se establecería una dinámica jurídica y procesal para gestionar las patologías de la modernidad en detrimento del juicio político que se alimenta de una fuente hermenéutica común a los actores involucrados en el entramado de la modernidad.

Me parece sin embargo que la premisa de esta estrategia argumental es que los actores viven una situación normal, ya que sólo una situación normal permitiría que todos ellos conserven un interés común por el respeto de las normas de convivencia que posibilita la gestión de la vida en comunidad. Ahora bien, ¿qué sucede en una situación excepcional? Retomemos brevemente la metáfora de las normas de tránsito e imaginemos una situación excepcional en la que, por ejemplo, nos veamos obligados a abandonar nuestro vehículo privado debido a una saturación sin precedentes de todo el sistema vial. Aún cuando todos conozcan las normas de tránsito, estas serían completamente inútiles desde el momento en que la situación excepcional determina la abolición de la interacción previamente descrita como la circulación de los vehículos en la ciudad. ¿Con qué derecho se puede exigir a cada conductor que sacrifique lo que por definición es lo más importante para él: conducir su propio vehículo? A partir del momento en que se le impide recurrir a otros valores comunes que no sea meramente el hecho de adaptarse a la situación vial, ¿adónde iríamos a buscar los contenidos faltantes de legitimidad para exigir el sacrificio supremo de la conducta individual que por definición es la base funcional del orden legal y normativo creado? En este punto entramos en el terreno de la tensión y de la oposición entre lo que se considera regla y lo que se considera excepción.

Si bien la condición de legitimidad jurídica propia del contexto posideológico puede ser suficiente en el marco de una situación normal de dominación, no parece resistir al estrés de una situación excepcional

en la que el poder soberano se ve en la necesidad de exigir a los ciudadanos sacrificios con visos existenciales. Cuando la situación excepcional se convierte en la regla permanente del juego político, en el contexto de una globalización a la vez incierta en su visibilidad e inestable en su significado político e histórico, el déficit de motivación política impide que los ciudadanos asuman una actitud decisiva que posibilite la construcción de un mundo.

Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio (2000) *Le temps qui reste. Un commentaire de l'Épître aux Romains*, París, Rivages.
- Arendt, Hannah (1958) *The Human Condition*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Baudrillard, Jean (1981) *Simulacres et simulations*, París, Galilée.
- Bauman, Zigmunt (2003) *La Vie en miettes. Expérience postmoderne et moralité*, París, Hachette.
- Benjamin, Walter (2002) *L'origine du drame baroque allemand (Ursprung des deutschen Trauerspiels)* París, Flammarion.
- Beck, Ulrich (2001) *La société du risque. Sur la voie d'une autre modernité*, París, Éditions Aubier.
- Berger, Peter L. y Thomas Luckmann (1995) *Modernität, Pluralismus und Sinnkrise. Die Orientierung des modernen Menschen*, Gütersloh, Verlag Bertelsmann Stiftung.
- Deleuze, Gilles (1988) *Le pli. Leibniz et le baroque*, París, Minuit.
- Duque, Félix (2004) *Terror tras la posmodernidad*, Madrid, Abada.
- Durkheim, Emile (1968) *Sociologie et Education*, París, PUF.
- Lippit, Akira Mizuta (2005) *Atomic light (Shadow Optics)*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Lyotard, Jean-François (1979) *La condition postmoderne*, París, Minuit.
- Maffesoli, Michel (1991) *Le Temps des tribus*, París, Le Livre de Poche.
- Marx, Karl y Friedrich Engels (2011) *Le Manifeste du Parti Communiste*, París, Soleil Productions.
- Poulain, Jacques (1993) *La neutralisation du jugement ou la critique pragmatique de la raison politique*, París, L'Harmattan.
- Rousseau, Jean-Jacques (1961) *Emile, ou De l'éducation*, París, Garnier-Flammarion.
- Rousset, Jean (2006) *L'Aventure baroque*, Genève, Editions Zoé.
- Schmitt, Carl (2006) *Théologie Politique (Politisches Theologie. Vier Kapitel zur Lehre von der Souveränität)*, París, Gallimard.
- Schmitt, Carl (2008) *Le Nomos de la terre. Dans le droit des gens du Jus Publicum Europaeum*, París, PUF-Quadrige.
- Wallerstein, Immanuel (1980) *Capitalisme et économie-monde*, París, Flammarion.

La ciencia política entre entusiasmos, desencantos y renovadas posibilidades

»» Mabel Thwaites Rey

¿Para qué sirve un politólogo? ¿Para qué estudiar ciencia política? ¿Qué aporte se puede hacer a la sociedad desde el conocimiento académico de la política y de lo político? A treinta años de que un grupo de prestigiosos profesores, varios llegados del exilio, se nuclearan para armar un proyecto académico orientado a darle sostén a la recién recuperada democracia, vale la pena retomar esos interrogantes. La preocupación de aquellos fundadores era dejar atrás la larga noche dictatorial, inquietud proyectada en el diseño de la Carrera de Ciencia Política, que enfatizó la lógica institucionalista en el marco de la llamada “transición a la democracia”.

El afán prioritario de darle solidez intelectual a un tipo de militancia comprometida con los objetivos de consolidación democrática se imprimió en la currícula inicial. Más allá de los reparos que ya entonces podía merecernos tal enfoque, en alcanzar la meta de formar cuadros políticos con buen nivel académico se encaminaron los mejores y más entusiastas esfuerzos. En aquel edificio de la calle Florida y luego en la casona de la avenida Callao que nos alojaron los primeros tiempos, ricos e intensos debates animaban nuestro trabajo en las aulas y en los pasillos, donde también disputábamos el sentido que habrían de tener la Facultad en gestación y las prácticas gremiales de docentes y estudiantes. Peleamos por los salarios, estragados por la inflación, hicimos asambleas, paros, armamos el gremio docente, debatimos con ardor, mientras desplegábamos nuestras convicciones y volcábamos en los cursos nuestros mejores esfuerzos intelectuales. Con Federico Schuster, Tomás Varnagy, Francisco Naishtat, Eduardo Grüner, Atilio Borón y

un grupo grande de jóvenes docentes —varios de los cuales luego siguieron otros rumbos personales o académicos— confluimos en un espacio que bregaba por ampliar el foco de cierto tipo de mirada politológica y profesionalista que ya entonces se perfilaba. Como anécdota que atesoro, recuerdo la comisión que aceptó recurrar conmigo un cuatrimestre perdido por mi adhesión a un paro. Me une a esa primera generación de estudiantes —autodenominada “jurásicos”— un gran cariño y remembranzas por aquellos épicos comienzos.

¿Qué es un politólogo? Se coincidía, en aquellos tiempos, en que debía ser portador de herramientas teóricas y prácticas para intervenir activamente en la vida política del país, mientras se disputaba si la consolidación democrática por sí sola podía servir para transformar las injusticias sociales profundizadas durante la dictadura militar. En esos debates nos trenzábamos. Con el correr de los años, la crisis de representación política producida por cierta desilusión sobre las potencialidades de la democracia para resolver en sentido progresivo la vida económica y social, y agudizada en los noventa, fue dando paso a otras orientaciones y modos de entender la formación y las tareas de los politólogos. Emergió una concepción orientada a la racionalización y profesionalización de “la política”, como campo actuado y pensado excluyentemente por especialistas. Alejándose cada vez más del militante democrático comprometido, se fue abriendo paso la figura del técnico-político profesionalizado, en un proceso de creciente distanciamiento social y desencanto sobre las potencialidades transformadoras de la acción política, en su for-

mato tradicional de partidos y parlamentos. Las discusiones en las aulas en los noventa daban cuenta de esa mutación introducida por las prácticas neoliberales. Superpuesta a los clásicos debates sobre cómo cambiar la sociedad, profundizar la democracia o articular el sistema político, comenzaba a aparecer entre los estudiantes la demanda de adquirir aptitudes de “gestión” de lo existente, bien típica del neoliberalismo. Era un pedido de aprender a “hacer cosas concretas”, de procurarse recetas y formularios para sobrevivir en la jungla del “sálvese quien pueda”, que entrañaba el peligro cierto de convertir al politólogo en un mero técnico neutralizado y al servicio de cualquier proyecto, sin valores ni brújula. Desde la Carrera, se resistían los embates tecnocráticos y se intentaban consolidar las áreas de especialidad (teoría política, administración pública, sistemas políticos, relaciones internacionales) mediante reuniones de equipos docentes en las cuales se proponían materias optativas según las necesidades curriculares acordadas, priorizando lo común por sobre las diferencias y garantizando la pluralidad. Esa fue una linda etapa de las gestiones de Franco Castiglioni y Arturo Fernández, secundados por Fabián Bosoer. En esos tiempos, mientras también se desplegaban la luchas por mantener la gratuidad y el ingreso irrestricto frente a los embates privatistas sobre las universidades públicas y se batallaba por los magros salarios, varios profesores de peso emigraban parcial o completamente a universidades privadas o del conurbano y camadas de graduados partían a hacer sus posgrados al exterior, como alternativa excluyente en un país que mandaba a sus científicos a lavar los platos. Así lamenté la pérdida de integrantes valiosos de las cátedras que me tocó encabezar, como Ana Dinerstein, Javier Amadeo y Gonzalo Rojas, que al finalizar sus doctorados se quedaron a desarrollar exitosas carreras en Gran Bretaña y Brasil.

¿Vale la pena la política? El quiebre de 2001-2002 impactó en la actividad política y en la forma de concebirla. Durante la crítica coyuntura y al calor de las luchas populares se generó una nueva aproximación a las prácticas políticas, especialmente juveniles. La crisis dio lugar a formatos de participación que conjugaban el malestar reflejado en la consigna “que se vayan todos”, con instancias de participación social y política que enlazaban las experiencias más recientes con las viejas tradiciones de lucha popular. Las prácticas de trueque, las fábricas recuperadas, las agrupaciones

piqueteras y las asambleas barriales que proliferaron en 2002, fueron un rico crisol que fraguó la participación política militante de distintas generaciones y dejó su huella en diversos formatos de construcción de izquierda independiente y autónoma que aún perduran. En la Carrera, que condujo Tomás Várnagy con dinamismo y compromiso, se desplegaron acciones y debates sobre la peculiar coyuntura. Otra vez, la pregunta ¿para qué sirve un politólogo?, cobró un nuevo sentido de compromiso con las prácticas sociales transformadoras, con la voluntad de transformación, con las vocaciones emancipatorias. Sin embargo, tales iniciativas no lograron plasmarse en instancias perdurables de participación docente y estudiantil que diera una mayor vida a los espacios comunes y resignificaran el papel de la ciencia política para tiempos de cambio.

La crisis se reencauza políticamente en 2003, con la llegada de Néstor Kirchner al gobierno, lo que supuso un cambio en términos de las prácticas políticas y sociales en el país. Aunque los movimientos piqueteros, las fábricas recuperadas y las asambleas continuaron, su actividad fue decayendo al compás del crecimiento económico, que generó puestos de trabajo en el sector productivo y reactivó la lucha sindical, sumado a la habilitación de canales institucionales de encauzamiento de las demandas.

¿Ciencia Política para qué? En la Carrera, en tanto, recuperó la conducción un sector apegado a una perspectiva de corte institucionalista que entró en conflicto con los lineamientos políticos de la Facultad, y que se replegó sobre sí mismo. Desafortunadamente, esta situación terminó acotando mucho los ámbitos de intercambio colectivo, obtuvo el despliegue genuinamente plural y abierto de los debates y llevó a plantear cada disputa por las materias optativas y el sentido de la currícula en términos muy sesgados. Mantuvimos con ellos ásperos debates, que resintieron el espacio institucional común y que opacaron los logros que docentes y graduados de distintas generaciones y perspectivas iban atesorando por fuera de la Facultad. Creo que la Carrera perdió esos años la oportunidad de convertirse en un ámbito relevante, indiscutido e insoslayable para analizar los procesos políticos y proyectar las producciones académicas del campo disciplinar hacia afuera de sus claustros.

En el plano nacional, la participación política encuentra un punto de inflexión a partir de la “crisis del campo” de 2008: se produce un cambio en la formas

de construcción política del gobierno, que asume la necesidad de darle impulso a la participación política, sobre todo de los jóvenes, para canalizar las nuevas energías generadas durante la confrontación con las patronales agrarias, a la vez que otorgar una base de sustentación y legitimación del proyecto gubernamental hasta entonces poco articulada. Estas experiencias dieron origen a la emergencia de nuevas oleadas de militancia juvenil, que expresan una compleja mezcla entre el genuino compromiso político y militante anclado en las mejores tradiciones de lucha y movilización populares, y las formas clásicas de ocupación del aparato estatal para diseñar y solventar económicamente estructuras orgánicas construidas de arriba hacia abajo. Pese a su significación, el debate sobre los formatos específicos que adopta, las tradiciones en las que se inscribe y los ideales y proyectos que la movilizan, no se plasmó en un espacio académico consistente y relevante en la Carrera para dar cuenta de ellas. El para qué de la ciencia política siguió ausente como pregunta colectiva que animara un ámbito académico plural y vigoroso.

Las vertientes de izquierda, en tanto, estos años se han ido desplegando en el país en una miríada de estructuras partidarias de impronta leninista (especialmente en sus variantes trotskistas) y maoísta, más un conjunto de agrupaciones autónomas e independientes que impulsan alternativas de organización de tipo horizontal y afin a los formatos movimientistas. Al interior de este conglomerado se dan intensos debates en torno a las diversas formas de construcción política y organizativa, así como a las tácticas y estrategias frente al poder estatal y a la valoración de procesos políticos latinoamericanos y del mundo en general. Nuestra Facultad es una caja de resonancia especialmente relevante para estas corrientes y debates, aunque el dinamismo que las militancias le han aportado estos años a la vida estudiantil no se ha traducido, en la Carrera de Ciencia Política, en una ampliación correlativa en la formación académica ofertada, que esté en consonancia con la persistente y nutrida demanda de estudio sistemático de las perspectivas críticas. Como islas, sobrevivimos algunas cátedras y seminarios peleados a capa y espada cada año en el carrusel de las optativas.

¿Vuelta de la política? Desde la recuperación de la democracia vemos, entonces, que se han producido cambios importantes en las formas de concebir y actuar lo político, en la valoración de las estructuras y mecanis-

mos de representación, en las modalidades de participación y acción políticas, que ameritan una reflexión profunda desde la ciencia política. Más aún, desde comienzos del nuevo siglo, la emergencia en América Latina de fuerzas y gobiernos opuestos al paradigma neoliberal noventista trajo un renovado interés por pensar a la región como conjunto y en su especificidad geográfica e histórica. Y también por considerar en profundidad problemas de teoría política que tienen que ver con la transformación económica, política y social, sus límites y sus posibilidades, en un sentido que incluya pero que vaya más allá de los aspectos estrictamente institucionales, tan caros a la Ciencia Política, especialmente en su vertiente anglosajona.

¿Para qué sirve un politólogo?, nos preguntamos otra vez. Si estudiar la dinámica de los sistemas de representación, los formatos y las prácticas de los partidos políticos, los regímenes electorales o la morfología constitucional resulta central para la formación específica, también lo es encuadrar tales expresiones institucionales en la historicidad de sus bases económicas y sociales más profundas y en el denso e imprescindible entramado de la teoría y la filosofía políticas. Porque la especificidad del recorte “politológico” solo puede ser provechosamente inteligible si se lo enmarca en el conjunto de las ciencias sociales de las que forma parte. La mirada centrada en la dimensión política tiene que asumir su condición de “aspecto”, de “momento”, de “formato” de una totalidad de la que únicamente puede escindir en términos analíticos. Y esto supone un diálogo permanente con la historia, la economía, la filosofía, la sociología, el derecho, la antropología, a las que nutre y de las que se nutre. El conocimiento académico de esa trama compleja y variada es lo que puede aportar un politólogo bien formado al análisis y a las prácticas políticas de su tiempo.

¿Para qué dedicarse a los estudios políticos? Desde mi punto de vista, la Carrera de Ciencia Política tiene que convertirse en un ámbito central de investigación, reflexión y debate sobre las raíces más profundas que entroncan las prácticas sociales y políticas, en virtud de las cuales podrá tenerse una mejor comprensión —y, se espera, mejor acción— de las relaciones sociales en las que encarna y se descarna la política. Por la naturaleza de su campo de incumbencia, heterogéneo y multidisciplinario, los estudios políticos están atravesados por diferentes opciones ideológicas, conceptuales y teóricas que deben tenerse en cuenta. Creo, sin embargo, que la Carrera de Ciencia Política de

una universidad pública de acceso irrestricto y gratuito tiene que asumir una perspectiva crítica, capaz de someter a permanente revisión los sentidos comunes dominantes en gran parte de los abordajes que hacen de la "política" y lo "político" su territorio académico, para ponerlos al servicio de las necesidades colectivas del pueblo que la sostiene.

¿Qué aporte se puede hacer hoy a la sociedad desde el conocimiento académico de la política y de lo político? A treinta años de sus primeros cursos, este es un momento propicio para recrear los diseños curriculares de nuestra Carrera, aprovechando la experiencia y la producción académica acumuladas, incorporando las nuevas problemáticas que han surgido y haciendo confluír el aporte equilibrado de las diversas miradas y perspectivas. Es también importante que se converse en un marco colectivo, plural y fraterno, que produzca un diagnóstico compartido sobre materias y contenidos básicos y sobre lo que habría que incorporar. Tenemos una buena oportunidad para darle relevancia a las orientaciones y acordar mecanismos sensatos y transparentes para debatir sobre el plan de estudios, en función de criterios claros que prioricen lo académico. Entiendo fundamental dejar atrás definitivamente esa suerte de feria de regateos anual, donde cada uno presenta la materia o seminario que le parece, sin conocer a fondo las te-

máticas abordadas por otros equipos de cátedra, ni lo que falta o lo que redundante, y sin privilegiar una mirada de conjunto. Y este procedimiento tiene que darse en un marco de amplia consulta y participación, porque resulta contradictorio que reivindicamos el debate democrático como paradigma y no propiciemos un ejercicio real de participación y de argumentación seria en nuestro propio ámbito académico-institucional.

Destaco, finalmente, la necesidad de que la Carrera esté inserta plenamente en la Facultad, que organice actividades conjuntas, participe de debates e iniciativas, reciba estudiantes de las demás carreras e impulse que los propios cursen en las otras, de modo de contribuir a la complementación y articulación de los distintos saberes que conforman las ciencias sociales. Imbricada en la Facultad, comprometida con el despliegue de las distintas disciplinas que la componen, hermana en la consecución de logros comunes, la Carrera tiene que proyectarse más allá de sus claustros y convertirse en un espacio respetado, trascendente e ineludible para la investigación, la reflexión y el debate político argentino y latinoamericano. Es un buen momento para dar ese salto de crecimiento y consolidación académica. Apuesto a que sabremos aprovecharlo y respondernos positivamente a la pregunta: ¿vale la pena dedicarse a la ciencia política?



Tres décadas de RRII en la UBA y los desafíos del siglo XXI

))) *Alberto D. Cimadamore*

La celebración de las primeras tres décadas de la Carrera de Ciencia Política de la UBA invitan a una reflexión sobre la evolución de la disciplina de Relaciones Internacionales, que ocupó un lugar relevante en ese derrotero iniciado en 1985. Nuestro mundo y las visiones que tenemos de él han variado en ese lapso. Una reflexión retrospectiva como la que se nos pide exige una selección un tanto arbitraria de algunos temas en detrimento de otros. Muchos temas relevantes quedarán naturalmente afuera de este breve artículo; también muchas reflexiones sobre el enorme esfuerzo que representó la construcción colectiva de nuestra Carrera.

Utilizaré el espacio asignado para exponer la forma a través de la cual la teoría de las relaciones internacionales (TRI) ha ido evolucionando de manera gradual, ampliando la perspectiva con la que observa la compleja realidad contemporánea para dar cuenta de los principales fenómenos que nos afectan. Específicamente, trataré de responder a la pregunta si dicho gradualismo ha permitido dar cuenta de alguno de los fenómenos relativamente más importantes de nuestra era, como es la persistencia de niveles inaceptables de pobreza extrema en un contexto de cambio ambiental y climático. La respuesta parecería ser no.

Conflictos y guerras han sido la preocupación central de las relaciones internacionales focalizadas en las relaciones interestatales y los conflictos militares que constituían el foco cuasi excluyente de la TRI. Esta predilección por las cuestiones de guerra y paz se apoyó en visiones dominantes (realismo y neorrealismo en sus distintas vertientes) que de alguna manera se justificaba lógicamente y moralmente por el enorme costo en vidas, recursos y sufrimiento que las guerras de distinto tipo

han representado históricamente para la humanidad. Las grandes guerras mundiales y el sinnúmero de conflictos que costaron la vida de millones de personas marcaron las relaciones internacionales desde los comienzos del siglo XX y los orígenes de la disciplina.

Sin embargo, cuando se comparan los enormes costos en vidas humanas que han representado los grandes conflictos armados en el último siglo con las muertes causadas por la pobreza, se puede observar que esta última ha sido la responsable de relativamente muchas más pérdidas que todas las que hubo en las guerras convencionales, guerras civiles y represiones masivas durante todo el siglo XX. Alrededor de 360 millones de personas han muerto de hambre y enfermedades evitables en los veinte años que siguieron al fin de la Guerra Fría (Pogge 2010: 11 y 204 n. 4). No obstante, la pobreza ha permanecido casi invisible para la teoría y la disciplina de las relaciones internacionales (Durfee 1996, Cimadamore 2012).

Pobreza, desarrollo y relaciones internacionales

La relevancia relativa de la pobreza (y su contracara dialéctica, el desarrollo equitativo y sustentable) ha aumentado consistentemente —al menos desde lo discursivo— en la agenda internacional, contrastando con el espacio y la preocupación que estos temas tienen en la actualidad de la TRI. Luego del fin de la Guerra Fría crece el discurso internacional que identifica a la pobreza como uno de los grandes problemas a resolver en el siglo XXI. Dos décadas de la ONU dedicadas a la “erradicación de la pobreza”, la Declara-

ción del Milenio y los Objetivos de Desarrollo del Milenio confirman esta tendencia que parece consolidarse con los resultados observables hasta este momento en las negociaciones internacionales que apuntan a aprobar los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Los documentos de base de las nuevas negociaciones identifican claramente a la pobreza como “el mayor desafío global que enfrenta el mundo hoy” y ven su erradicación como un requerimiento indispensable para el desarrollo sostenible (United Nations 2014).

No podría ser de otra manera. Por primera vez en la historia de la humanidad, las recientes generaciones cuentan con recursos más que suficientes para eliminar la pobreza. El 1,2 por ciento del ingreso de la décima parte más rica de la humanidad sería suficiente para cubrir los 300 billones de dólares anuales que se necesitan para superar la línea de pobreza de 2 dólares por día, por persona (Pogge 2013, Cimadamore et al. 2013). No es entonces una cuestión económica sino principalmente política y moral de alcance global, que continúa cobrando más vidas que los conflictos armados. Este dato es suficiente como para cuestionar la invisibilidad de la pobreza en la TRI.

Discursos, realidades y tendencias

La existencia de los recursos necesarios para erradicar la pobreza presiona moral y políticamente a aquellos que tienen la posibilidad de cambiar esta realidad. Pobreza y guerra son construcciones sociales que encuentran su explicación en intereses, ideologías, acciones e inacciones de personas y organizaciones que detentan y ejercen el poder, tal como ha sido señalado, entre otros, por Øyen, Cimadamore y Álvarez Leguizamón. La teoría crítica del desarrollo, así como discursos alternativos enraizados en movimientos sociales contribuyen a señalar actores, procesos y estructuras que producen y reproducen pobreza y desigualdad, fenómenos íntimamente ligados. Asimismo, se observa un significativo grado de consenso en investigadores y especialistas en temas de pobreza y desarrollo sobre el rol de organizaciones e instituciones internacionales en el mantenimiento y la producción de pobreza global (Cimadamore et al., en prensa).

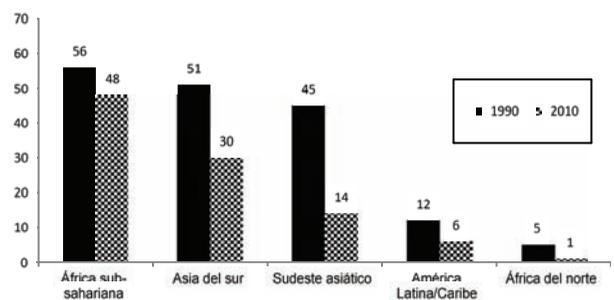
Tales datos e interpretaciones de los mismos seguramente presionan a aquellos que están en posiciones de poder a nivel global y, en consecuencia, están intere-

sados en presentar discursos sobre el estado y las perspectivas de la lucha contra la pobreza que tienden a ver la mitad del vaso lleno. Datos y discursos se combinan para enmascarar realidades que muestran los límites morales de las políticas que mantienen niveles inaceptables de pobreza en un mundo en el que hay una concentración de la riqueza y el poder como nunca existió antes en la historia de la humanidad.

El discurso oficial de las Naciones Unidas sobre el esfuerzo internacional para erradicar la pobreza podría ser resumido de la siguiente forma: el primer Objetivo de Desarrollo del Milenio (ODM) ha sido alcanzado cinco años antes de la fecha fijada: la proporción de pobres (extremos) ha sido reducida a la mitad entre 1990 y 2010. Las cifras oficiales más recientes dan cuenta también de que alrededor de 700 millones de personas salieron de la pobreza extrema entre esos años, lo que ciertamente es un logro que se presenta como indicador de lo que se estaría haciendo bien. Sin embargo, estos datos dejan en un segundo plano la mitad del vaso vacío: las mismas cifras oficiales confirman que en la actualidad más de 1.200 millones de personas todavía viven en condición de pobreza extrema (MDGs Report 2013: 6). Un análisis crítico de las mismas cifras también pone de manifiesto la manipulación de los datos, así como las limitaciones de los ODM para reducir la pobreza a nivel global (Cimadamore et al., 2013).

Gráfico 1

Proporción de personas viviendo con menos de USD 1.25 por día, 1990-2010 (porcentajes)



Fuente: ONU, The Millennium Development Goals Report, 2013.

Estas estadísticas, así como cuestiones relativas a la medición de la pobreza, pueden ser criticadas, tal como se ha hecho en otro lugar (Cimadamore et al. 2013). No obstante, en este breve análisis preferimos

seguir usando las cifras oficiales de Naciones Unidas para mostrar cómo con los mismos datos se puede arribar a conclusiones contrastantes con el optimismo con el que el discurso oficial de este organismo ve los resultados alcanzados por los ODM.

Gráfico 2

Número de pobres (en millones), 1981- 2010



Fuente: CROP, en base a datos del Banco Mundial.

Una simple búsqueda en la base de datos de pobreza y desigualdad del Banco Mundial muestra claramente que el número de pobres se redujo en China de 683 millones en 1990, a 157 millones en 2010. Este dato, no siempre visible en el discurso oficial de la ONU, muestra que un solo país da cuenta del 75 por ciento de la reducción del número de pobres reportado durante ese período, tan destacado en reportes como los de los ODM. Las líneas ascendentes del Gráfico 2 muestran la tendencia que se observa en los países de bajos ingresos y, particularmente, en el África subsahariana. Es la mitad del vaso vacío que merece la atención de la ciencia y la política si es que verdaderamente se quiere erradicar la pobreza extrema, tal como lo sostiene el discurso predominante de las Naciones Unidas.

En el caso de América Latina, se observa que a pesar de la notable reducción de la pobreza en muchos países luego de que la misma alcanzara un pico en 2002, el número de pobres (167 millones) e indigentes (71 millones) es más alto que lo que muestran los datos de 1980 (136 y 62 millones, respectivamente) (CEPAL 2014). Estos datos ponen en evidencia los límites de gran parte de las políticas implementadas en la región (al igual que en otras partes del mundo) para lidiar efectivamente con la pobreza estructural y crónica, que se mantiene e incluso se incrementa en términos absolutos debido a la existencia de sistemas económicos y sociales que la producen y reproducen.

La pregunta que surge naturalmente es ¿cuáles son las estrategias y políticas que explican éxito y fracaso a

nivel internacional? No hay espacio aquí para desarrollar la respuesta, pero esta tiene que ver, en proporciones variables, con las políticas de desarrollo, inserción internacional y rol del Estado en la gestión del bienestar social, así como la capacidad de los gobiernos de garantizar los derechos humanos, económicos y sociales de su población (Dean 2006, Cimadamore 2008).

Relaciones internacionales, pobreza y desarrollo sustentable

La disciplina de las Relaciones Internacionales ha experimentado una gradual ampliación de sus perspectivas teóricas y las problemáticas que se ven reflejadas en los programas de nuestra cátedra de TRI. No obstante y pese al creciente consenso internacional sobre la urgente necesidad de erradicar la pobreza como condición necesaria para el desarrollo sustentable, la misma continúa invisibilizada en las corrientes principales de la TRI así como en la mayoría de los programas en que se imparten estos cursos en nuestra región (Cimadamore 2011). En otras palabras, la pregunta esbozada en el párrafo anterior no se constituye en un eje problemático en el estudio de las Relaciones Internacionales contemporáneas.

Se ha sugerido que el lugar marginal de la pobreza en los estudios internacionales es un producto epistemológico relacionado con la forma en que se construye, difunde y profesionaliza un área del conocimiento, así como también con los valores y prioridades de las distintas sociedades, organizaciones internacionales y sus dirigencias. También se ha puntualizado que otra razón reside en que tanto la disciplina como la práctica de las Relaciones Internacionales se articulan en torno a una noción de poder que ha sido construida a partir de las lentes teóricas e ideológicas del realismo, el neorrealismo y sus diversas variantes, donde la principal variable que explica la acción y los resultados en el sistema internacional es el poder político y militar. En estas perspectivas, los pobres quedan excluidos de los modelos explicativos o interpretativos con los que se estudia y difunde la disciplina pues por definición carecen del poder que explica los resultados en los procesos internacionales (Cimadamore 2011, Tooze et al. 1996).

La contracara dialéctica de la pobreza, el desarrollo, también se ve desplazada del centro de la TRI contemporánea. La búsqueda de un desarrollo equitativo y sustentable que concilie un consumo creciente

de recursos naturales con el mantenimiento de una naturaleza que sea compatible con una buena vida no ha logrado todavía posicionarse en las corrientes principales de la TRI. El estilo de consumo del modelo vigente no privilegia la superación del hambre y las necesidades de la población de bajos ingresos sino, por el contrario, pone énfasis en la acumulación de capital y beneficios que tiende a ignorar el aumento del número de pobres, la contaminación y la degradación de recursos y el hábitat, así como también los efectos de la acción humana sobre el cambio climático (Cimadamore et al. 2011). El compromiso internacional de erradicar la pobreza en un contexto donde el cambio climático, requiere con urgencia reformular modos de producción y consumo a escala global. En otras palabras, la magnitud del desafío y el cambio requerido implica modificar sustancialmente el sistema económico y social (esto es, el capitalismo) que produce y reproduce pobreza, a la vez que deteriora el ambiente hasta límites incompatibles con la vida (sobre todo, la de los más vulnerables).

La necesidad de repensar una TRI para enfrentar dos de los más grandes desafíos de nuestro tiempo (pobreza y cambio climático) ha sido expresada en el llamado hacia una teoría post-humana de las Relaciones Internacionales. Estos enfoques construyen su interpretación crítica de las relaciones internacionales partiendo de la teoría crítica pero a la vez alejándose del antropocentrismo que la ha marcado y que ignora a la naturaleza como parte fundamental de las complejas relaciones ambiente-sociedad (Cudworth 2011).

En definitiva, ésta y otras perspectivas que apuntan en similar dirección son parte de una búsqueda de entender la complejidad del sistema global sustentable en el que la transdisciplinariedad aparece como una herramienta indispensable. La nueva ciencia de la sustentabilidad, entendida como un tipo especial de investigación transdisciplinaria, apunta a un trabajo que transgreda las barreras disciplinarias en la que hemos sido formados, para avanzar en el trabajo conjunto con actores sociales en la solución de problemas globales concretos como los aquí planteados. El desafío intelectual y práctico es enorme; como también lo son los problemas a enfrentar, dado que implica afectar un estado de cosas con nuevos instrumentos teóricos, metodológicos, así como con innovaciones prácticas que permitan cambiar un sistema que reproduce pobreza, altera la naturaleza de manera irracional y fomenta un cambio climático a niveles que tiene consecuencias tangibles para la vida de los más vulnerables (Cimadamore et al. en prensa).

A manera de conclusión se podría afirmar que, si bien el gradualismo ha permitido ampliar el objeto de estudio de la TRI, todavía no ha sido posible ubicar algunos de los fenómenos globales más importantes de nuestra era (pobreza, desarrollo sustentable y cambio climático) en el núcleo de la disciplina y de los programas de estudio de las Relaciones Internacionales. Éste es quizás, uno de los grandes desafíos que enfrenta nuestra Carrera en los próximos años.

Referencias bibliográficas

- Álvarez Leguizamón, S. (2005) "Introducción", en Álvarez Leguizamón (comp.) *Trabajo y producción de la pobreza en Latinoamérica y el Caribe: estructuras, discursos y actores*, Buenos Aires, CLACSO.
- CEPAL (2014) *Panorama social de América Latina*, Santiago de Chile, CEPAL.
- Cimadamore, A. et al. (en prensa) *Global Poverty Consensus Report*, New Haven y Bergen, ASAP y CROP.
- Cimadamore, A. et al. (en prensa) "Development and Sustainability Science: Transdisciplinary Knowledge for Positive Social Change", en Cimadamore, A. et al. (eds.) *Development and Sustainability Science*, Londres, Zed Books.
- Cimadamore, A. et al. (2013) *Poverty and the Millennium Development Goals (MDGs): A Critical Assessment and a Look Forward*, CROP Poverty Brief N° 13, Bergen, CROP.
- Cimadamore, A. (2012) "Las relaciones internacionales de la pobreza", en Cimadamore et al., *Las relaciones internacionales de la pobreza en América Latina y el Caribe*, Buenos Aires, CLACSO.
- Cimadamore, A. et al. (2011) "Cambio climático y pobreza", en *Voces en el Fénix*, N° 2, disponible en www.vocesenelfenix.com.
- Cimadamore, A. (2008) "Las políticas de producción de pobreza: construyendo enfoques teóricos integrados", en Cimadamore et al. (comps.) *Las políticas de producción de pobreza y desigualdad en América Latina*, Bogotá, Siglo del Hombre-CLACSO.
- Cimadamore et al. (2008) "Introducción a la economía política de la pobreza", en Cimadamore, A. (comp.) *La economía política de la pobreza*, Buenos Aires, CLACSO.
- Cudworth, E. et al. (2011) *Posthuman International Relations. Complexity, Ecology and Global Politics*, Londres, Zed Books.
- Dean, H. et al. (2006) "Introducción", en Cimadamore et al., *A pobreza do Estado: reconsiderando o papel do Estado na luta contra a pobreza global*, Buenos Aires, CLACSO.
- Durfee, M. et al. (1996) "Playing Catch-Up: IR Theory and Poverty", en *Millennium. Journal of International Studies*, N° 25.
- Pogge, T. (2010) *Politics as Usual. What Lies behind the Pro-Poor Rhetoric*, Cambridge, Polity Press.
- Pogge, T. (2015) "Poverty, Human Rights and the Global Order: Framing the Post-2015 Agenda", en Langford et al. (eds.) *MDGs and Human Rights: Past, Present and Future*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Tooze, R. et al. (1996) "The Epistemology of Poverty and the Poverty of Epistemology in IPE: Mystery, Blindness, and Invisibility", en *Millennium. Journal of International Studies*, N° 25.
- United Nations (2013) *The Millennium Development Goals Report 2013*, disponible en www.undp.org/content/undp/en/home/librarypage/mdg/the-millennium-development-goals-report-2013.html.
- United Nations (2014) *Open Working Group proposal for Sustainable Development Goals*, disponible en <https://sustainabledevelopment.un.org/content/documents/1579SDGs%20Proposal.pdf>.

30 años de crecimiento, y de nuevos desafíos

»» Juan Manuel Abal Medina

Los números redondos invitan siempre a celebraciones y a reflexiones. Los 30 años de la Carrera de Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires, cuyas aulas transitaron casi desde sus inicios como estudiante, graduado y docente, son un motivo de gran alegría. Quiero felicitar a todos los que, desde distintas posiciones, han hecho posible este logro que parecía tan difícil e incierto en los primeros años de nuestra carrera. Hoy tenemos miles de estudiantes y graduados, una oferta académica de calidad que desde 2015 incluye posgrados, y una sede moderna que responde al viejo anhelo del edificio único para la Facultad de Ciencias Sociales. En este marco, quiero aprovechar este artículo para remarcar los logros que la disciplina y nuestra carrera en particular han logrado en este tiempo, así como los desafíos todavía por delante.

Hace 10 años, junto a otros colegas, reseñamos ciertas debilidades que detectábamos por entonces para la ciencia política en la Argentina: "... Muchas veces los empleadores desconocen cuáles son los saberes específicos de las politólogas y los politólogos (...) El desconocimiento público sobre el quehacer propio de la ciencia política es mayoritario (...) La ciencia política tiende a ser asociada, a veces, con la actividad partidaria y a ser imaginada, entonces, como 'ciencia para ganar elecciones'. Otras veces se la concibe como 'ciencia para gobernar bien', inspirando de este modo a quienes preferirían una tecnocracia benévola a estas democracias (...) Finalmente, también es cierto que el conocimiento disponible en ciencia política acerca de las áreas que más preocupan a la ciudadanía argentina hoy (el desempleo, la desigual-

dad, la inseguridad pública) no es muy firme. Nuestras herramientas conceptuales más poderosas sirven, sobre todo, para el análisis institucional" (Leiras, Abal Medina y D'Alessandro 2005: 86-87).

Pienso que algunos de estos desafíos siguen vigentes; otros, en cambio, han ido superándose con éxito. En todos los casos, la Carrera de Ciencia Política de la UBA, nuestra carrera, es protagonista central de los avances y de los desafíos todavía pendientes.

El mayor logro ha sido probablemente la consolidación de la ciencia política en el imaginario social como una disciplina autónoma y valiosa. Los 30 años de nuestra carrera coinciden, no casualmente, con la afirmación de la ciencia política como una disciplina relevante para la comprensión de los fenómenos políticos en el país. Territorio antes dominado por sociólogos o abogados, hoy los politólogos son los primeros buscados por los medios de comunicación para analizar situaciones políticas nacionales o internacionales. El propio término "politólogo" ha dejado de sonar extraño; en tanto "politicólogo" ha dejado de escucharse.

El arraigo de nuestra carrera y el éxito académico y profesional de muchos de sus graduados y docentes son a la vez causa y consecuencia de esta consolidación. La solidez de la carrera y el nivel de sus egresados han contribuido sin dudas a fortalecer a la ciencia política como disciplina en el país. Los aportes de muchos de nuestros graduados al debate público, a la gestión gubernamental y a la investigación académica son la mejor demostración del valor de la ciencia política para la sociedad. A su vez, esta consolidación reputacional de la disciplina ha aumentado la deman-

da profesional por politólogos (sobre todo de la UBA), una demanda que no existía hasta hace no tantos años. Entonces, creo que el “desconocimiento” que detectábamos hace diez años sobre la disciplina hoy no es tal. Hay mayor claridad, al menos entre formadores de opinión, potenciales empleadores y otros líderes públicos y privados del país sobre cuál es el conocimiento específico de un politólogo, y cuál puede ser su contribución a distintas organizaciones.

Sigue siendo cierto, de todas formas, que nuestro aporte más distintivo ocurre en el análisis de fenómenos institucionales. Los problemas sustantivos que preocupan a la sociedad, principalmente en materia económica y social, han recibido menor atención por parte de la disciplina. En el mismo período, por ejemplo, los economistas se fueron expandiendo a cada vez más y más áreas de estudio, especialmente en el análisis de políticas públicas. La caja de herramientas con que cuentan los economistas, sobre todo las de tipo cuantitativo, les ha permitido dominar áreas que los politólogos bien podrían abarcar, desde la evaluación del impacto de los programas gubernamentales a la formulación de políticas en temas como seguridad ciudadana, la desigualdad o la inclusión social.

Una ampliación del instrumental metodológico de nuestros egresados, por lo tanto, habilitaría a expandir sus opciones y sus aportes. Sin caer en ilusiones tecnocráticas (en las que suelen caer los economistas), contar con estas herramientas ayudaría a explicar mejor cómo funcionan y qué efectos tienen las políticas gubernamentales, y también a proponer nuevos cursos de acción que contribuyan a mejorar la vida de las personas. Al fin de cuentas, a nuestra disciplina le interesa *cómo son las cosas*, por qué ocurren de cierta forma, pero también busca pensar mejor *cómo deberían ser*.

Además de estas metodologías, existen ciertos conocimientos adicionales que también robustecerían las posibilidades de los politólogos. Me refiero a saberes como el derecho administrativo que, cuando yo era un joven estudiante de ciencia política, consideraba anacrónicos, formalistas, innecesarios para una ciencia social empírica. Dado que los principales empleadores de politólogos son el Estado y otras entidades que interactúan diariamente con él (ONGs, *thinktanks*, áreas de relaciones institucionales de empresas, etc.), contar con un mayor entendimiento sobre los aspectos jurídicos y procedimentales del funcionamiento estatal sería un insumo valioso. He “padecido” este déficit en mis distintas posiciones gubernamentales, tanto en el ejecutivo como en el legislativo. A los politólogos tiende a aburrirnos el derecho, pero necesitamos conocerlo mejor.

Evidentemente, una formación disciplinaria de grado no puede abarcar todo el contenido potencialmente relevante para el futuro profesional de los egresados. Es el clásico problema de la “manta corta”: o se tapa la cabeza, o se tapan los pies. Y es obviamente más sencillo proponer contenidos a incluir que identificar aquellos que debieran ser reemplazados. Pero el objetivo de este artículo no es realizar ese ejercicio, sino simplemente transmitir lo que mi experiencia en la academia pero sobre todo en distintas posiciones del sector público, me indica sobre las fortalezas y las debilidades de nuestra formación.

Referencias bibliográficas

- Leiras, Marcelo, Juan Abal Medina y Martín D'Alessandro (2005) “La ciencia política en Argentina: el camino de la institucionalización dentro y fuera de las aulas universitarias”, en *Revista de Ciencia Política*, Vol. 25, N° 1, Santiago de Chile, Pontificia Universidad Católica de Chile.

¿Qué dijiste que querías ser? ¿Podólogo?

»» Alejandro M. Estevez

La intención de este texto no es tanto realizar una descripción “objetivista” de cómo fueron las primeras etapas de la carrera de Ciencia Política sino, más bien, mostrar cómo los primeros estudiantes (y posteriores graduados) fuimos construyendo un camino que no estaba predeterminado y que tenía más incertidumbres que certezas, y que a pesar de todo se terminó estructurando una carrera que es la que mayor cantidad de estudiantes de ciencia política tiene en todo el país.

Corría el año 1985 cuando comenzó la Carrera de Ciencia Política. Comenzamos con un CBC que venía con muchísima fuerza tanto a nivel de las intenciones de los organizadores como de los docentes. Era muy común que en los diálogos que teníamos con otros jóvenes estudiantes de otras carreras nos preguntaran:

–¿Qué querés ser vos?

–Politólogo.

–¿Podólogo?

(Con cierto cansancio.) –Quiero estudiar ciencia política.

–Ahhhhhhh... cienciasssss políticasssss...

–Sí, pero sin s al final.

–Ahhhhh... es lo mismo... ¿Y de qué vas a trabajar después?

–No lo sé todavía... pero de politólogo.

–¿De podólogo?... Perdón... ¿Politólogo?... ¿Y no es mejor ser abogado para eso?

(Con vehemencia.) –Andá a cagar.

El ambiente en el cual comenzamos a estudiar esa carrera nueva en la UBA era de muchísima confianza

en el futuro y nos sentíamos seguros de estar protagonizando un cambio de importancia para nuestra democracia. Algunos creíamos que el estudio de las cuestiones públicas no tenía que quedar en manos de profesiones como los abogados y nos sentíamos algo distinto de los sociólogos. La experiencia de una nueva Carrera de Ciencia Política (en singular) implicaba también una toma de posición epistemológica, pues creíamos que el fenómeno político puede ser estudiado por una ciencia específica (la ciencia política) y que cuando uno se refiere a las “ciencias políticas” se referiría a un conjunto de disciplinas que enfoca a la política desde una perspectiva jurídica (derecho), social (sociología política), económica (economía), filosófica (filosofía política), etc.

Estábamos conscientes de que éramos una pequeña minoría y que la tarea que teníamos por delante era gigantesca, había que cursar una carrera que por el momento mostraba más futuro que logros y que los profesionales que se dedicaban a esas tareas (o similares) no eran politólogos, sino abogados, sociólogos, historiadores. Los pocos politólogos que conocíamos provenían de universidades privadas (especialmente la Universidad del Salvador) y algunos, menos aún, de la Universidad Nacional de Rosario.

El nacimiento de la carrera fue comentado negativamente por el diario *La Nación*, que en un editorial de su época sospechaba que la apertura de la Carrera de Ciencia Política en la UBA era contraproducente porque corría el riesgo de “politizarse” (ohhhhhhh qué horror...) y que el Estado no tenía por qué pagarle una carrera a quienes quisieran dedicarse a esos dudosos menesteres...

La otra cuestión que había que remontar era la escasa institucionalización de la carrera como función profesional. No había una cierta visibilidad laboral de la profesión. Los politólogos de otras universidades, en la mayoría de los casos, no trabajaba en actividades que tuvieran que ver específicamente con la práctica política ni con la docencia o la investigación. Hacer “ciencia política” era prácticamente una actividad amateur que había que financiar trabajando de otra cosa. En este sentido, si comparamos el grado de institucionalización laboral de la carrera, es absolutamente abismal el logro que hemos conseguido. Hoy encontramos politólogos trabajando de asesores en ámbitos políticos y legislativos, ocupando cargos de relevancia en la administración pública, ejerciendo la docencia y la gestión en diversas facultades, realizando investigaciones y encuestas, participando en ONGs e incluso dirigiéndolas, realizando periodismo político, etc.

A medida que los primeros politólogos fuimos abriendo esa brecha o posibilidad laboral para nosotros, al mismo tiempo se fueron abriendo caminos para otros graduados. Debo reconocer que sufrimos innumerables bajas y que hubo colegas que se desilusionaron y optaron por buscar otras carreras u otras prácticas profesionales.

Algunos años más tarde, era muy común ver a compañeros recomendando que en un trabajo contrataran a otro politólogo y, de esta forma, se fue creando un lento círculo virtuoso. Lo mismo ocurrió en la actividad política concreta en la cual eran muy escasos nuestros graduados. Hoy encontramos que graduados de nuestra disciplina llegaron a gobernadores de provincia, jefes de gabinete, senadores, diputados, embajadores, etc. El efecto de esta lenta aparición de los politólogos en la escena pública fue multiplicando las posibilidades laborales para otros colegas que vendrían luego. Por suerte, ya no es tan común escuchar un diálogo como el que encabeza este artículo. Es más, hasta hemos sufrido críticas durísimas durante la época de Carlos Menem cuando en un discurso presidencial de 1997 se mostró ofendido por las declaraciones de “algún politólogo trasnochado” que osaba criticar profundamente a su gobierno. Pienso que a partir de ese momento, ya podemos estar en condiciones de afirmar que la profesión del “politólogo” había aparecido en la escena pública.

Con respecto a la cantidad de estudiantes que comenzaron la carrera, éramos alrededor de sesenta, dis-

tribuidos en tres turnos para prácticos y sólo dos para teóricos. Teníamos un gran clima de interacción y conocimiento recíproco. Eran tan importantes las reuniones que hacíamos como las fiestas que eficientemente organizábamos y que luego se transformarían en una “tradicción” que continuaría en los congresos de ciencia política. Con respecto al perfil de los cursantes, éste era muy variado, había gente que militaba en política y su vocación apuntaba a la actividad política concreta y otros que tenían un perfil más intelectual o teórico. Había militantes peronistas que terminaron siendo radicales (y viceversa) y otros de extrema izquierda que hace años que trabajan en organismos internacionales, o también, quienes criticaban fuertemente al imperialismo y luego terminaron estudiando en Estados Unidos. No hay que descartar tampoco que otra parte de la gente no tuviera ninguna idea de cómo podría ser la práctica profesional del politólogo, pero de todas formas querían estudiar ciencia política. La franja etaria de cursantes era amplia, tanto chicos recién salidos del secundario como otros que pudieron cursar la carrera después de los 40, dado que ésta fue la primera camada.

La cuestión de la sede en la cual se estudiaba no era un tema menor. Una vez terminado el CBC de 1985 fuimos a cursar nuestro primer año de carrera en la Facultad de Derecho, en la que nos acogieron gentilmente y nos cedieron las peores aulas posibles identificadas como “las catacumbas”, dado que estaban en un oscuro subsuelo y graciosamente decoradas con manchas de humedad. De más está decir que dicha Facultad tenía una mentalidad “invasiva” respecto de nuestra carrera y soñaban en transformarla en una parte de la carrera de abogacía.

Afortunadamente, en 1987 nos mudaron a las instalaciones que tenía la UBA en la galería Jardín de la calle Florida (donde compartimos las aulas con Juanse —Juan Sebastián Fernández— de “Los ratones paranoicos”). Con toda eficiencia logramos desbordar las instalaciones que nos asignaron y no tardamos mucho tiempo en despertar la hostilidad de la administración del edificio que se quejaba ante nuestras autoridades diciéndoles: “esta gente habla de política en los ascensores”. Estuvimos allí un cuatrimestre y luego nos mudamos a la casa de Ayacucho 658 —conocida como “la escolita de ciencia política”—, la que es considerada por muchos de los estudiantes de la primera camada como uno de los mejores períodos de la carrera. Allí teníamos un espacio propio, con aulas peque-

ñas y un patio que se transformaba tanto en ágora para las asambleas como en atrio de debates o campo improvisado de fútbol o pista de baile para las politicongas. A fines de 1988 pasamos a la sede de la Facultad de Ciencias Sociales de Marcelo T. De Alvear 2230 en la cual se suponía que había terminado el recorrido de la Carrera. Es por ello que considero que fuimos una carrera “nómada” y que dicha característica funcionó positivamente en la construcción de la identidad del politólogo de la UBA. Ser politólogo era algo incierto tanto desde el punto de vista del futuro laboral como del lugar de estudio. Así y todo, ese grupo inicial de gente que iba creciendo año a año, seguía queriendo estudiar ciencia política.

Si bien el periplo físico no terminó allí (mudanza a Ramos Mejía 841 hasta 2011 y luego a la sede actual de Santiago del Estero 1067), la mayoría de los estudiantes de la primera camada se recibió en el edificio de Marcelo T. de Alvear y quien les entregó su diploma fue el entonces decano Juan Carlos Portantiero.

En relación a las materias con las que comenzó la carrera, podemos afirmar que era una cuestión muy entretenida. Había una especie de “cuatrimestre sorpresa”, nunca sabíamos a ciencia cierta qué materias íbamos a cursar en el cuatrimestre siguiente. Incluso, en el caso de las historias, las cursamos exactamente al revés de lo recomendado por el plan de estudios, hicimos primero Historia III, luego la II y por último, la I. Es interesante recordar que la carrera tenía una estructura curricular muy flexible, porque había un esquema de correlatividades mínimas que con el tiempo se fueron tornando más rígidas.

Respecto de los contenidos de las materias, quisiera ponderar la cantidad del material que nos daban para leer. Dado que todavía los docentes no habían acumulado una cierta experiencia en la cantidad de material que se necesitaba por materia, la situación de ser los primeros cursantes nos transformaba en una suerte de conejitos de indias. Se experimentaba con nosotros respecto de la bibliografía necesaria, el nivel de exigencia de los exámenes, las condiciones de cursada, etc. Esto tiene un efecto positivo y negativo al mismo tiempo, porque por un lado le aporta una riqueza interesantísima por la experimentación, pero también deja algunos faltantes en las formaciones recibidas.

Otro elemento a ponderar era que los profesores titulares de las materias tenían una presencia mucho mayor en los teóricos (y en algunos casos hasta en los prácticos) de lo que se estilaba hoy en día. La posibilidad

que teníamos de interactuar permanentemente con los profesores titulares tuvo un gran efecto formativo. Recuerdo diversas anécdotas: el profesor Naishtat entregando las notas de los parciales corregidas con sistema binario y los estudiantes buscando “traducir” al formato decimal de 0 a 10; el profesor Kvaternik quejándose en la Junta de Carrera porque un militante justicialista lo llamaba en clase “compañero profesor”; o el ya fallecido profesor Leandro Gutiérrez, que a raíz de su miopía y la mala iluminación de las aulas de “las catacumbas” no percibía que había un estudiante durmiendo en posición completamente horizontal en los primeros bancos durante todo su teórico. Otro detalle de color era que los abogados que daban algunas materias, como por ejemplo “Derecho constitucional”, se quejaban de que los estudiantes de la carrera los tuteáramos inconsultamente y que nunca les dijésemos “Doctor” ni consideráramos como una buena referencia a los textos jurídicos.

En relación al clima que se vivía en las distintas materias de la carrera durante los primeros cinco años, puedo afirmar que era de una participación y debate muy alto. La cursada era interesantísima porque sinceramente se leía mucho, pero también se discutía mucho en clase. A tal punto que recuerdo a un profesor de Relaciones Internacionales pidiéndole a un alumno muy proactivo “por favor, no me discutas TODO”, porque no podía cumplir con su plan de clase, no obstante lo cual, todo el grupo de estudiantes decidió continuar debatiendo y preguntando. Se notaba una gran dinámica conjunta entre los docentes y los alumnos, los dos actores marcaban el ritmo de la materia. Si te gustaba lo que leías, el debate de ideas funcionaba positivamente, íbamos con ganas a cursar porque sabíamos que aprendíamos algo más de lo que habíamos leído.

También me tocó en suerte participar desde los tres niveles posibles en las reuniones de la Junta de la Carrera (primero como estudiante, luego como graduado y después como profesor). Presencé reuniones interesantísimas y en las que había mucho que aprender de cómo se gestiona en concreto una carrera como la nuestra. Siempre recuerdo al ya fallecido Edgardo Catterberg cuando dirigía meticulosamente las reuniones de Junta teniendo una carrera que todavía no estaba completamente estructurada, en un contexto de lugar de cursada incierto y con una Facultad de Ciencias Sociales que todavía no agrupaba a las carreras que la iban a conformar. Aún así, tenía en claro el perfil de la carrera que quería conseguir.

Como reflexión final, creo que la Carrera de Ciencia Política de la UBA puede mostrar muchos logros, pero que también tiene que enfrentar nuevos desafíos para superar las falencias que toda organización tiene y debe mejorar. Creo que el mejor camino para recorrer dicha búsqueda es el de los consensos y diálogos entre todos los actores con

voluntad constructiva. Si estuviera terminando hoy la escuela secundaria y alguien me preguntase: ¿Qué querés ser?, le respondería sin duda alguna “politólogo”. Estoy seguro de que no me repreguntarían ¿Podólogo?, porque la ciencia política ha aparecido en escena gracias a todos los que trabajamos por ella.



Carta abierta escrita a las apuradas

))) *Daniel Cabrera*

Querid@s profes:

Quiero agradecerles públicamente el (lamentablemente) escaso tiempo que pasamos juntos. Aunque ya olvidé casi todo lo que me enseñaron en sus clases (el tiempo no pasa en vano), la manera en que lo hicieron no se borrará nunca de mis recuerdos. Sus inquietudes, su flexibilidad, sus ganas, su humildad, su capacidad; en fin, esa manera tan amable y llevadera de enfrentar las clases sirvieron para cargar mis pilas estudiantiles y, probablemente, ayudaron a perfilar mi (posterior) manera de conducirme como docente.

Según mi modo de ver, que incluye inevitables y odiosas comparaciones, el contexto en que tuve la suerte de ser vuestro alumno contribuyó enormemente a mi enamoramiento: eran las épocas de Ayacucho, que parece solo el nombre de una calle, pero para los que cursamos circa 1987 en aquella casona, sabemos que era nuestro reducto, en el que nos conocíamos todos, todos nos tratábamos (bien o mal) con respeto y todos apuntábamos para el mismo lado, aun con nuestras insalvables diferencias. Fiestas, roscas, reuniones, levantes, chicanas, asambleas, clases, mateadas y chorceadas; todo ocurría allí. Y todos formábamos

parte. Estudiantes y docentes. Y directivos. Entrar al despacho de Lilita Puig casi sin pedir permiso era casi tan habitual como compartir un café en un bar con un profesor o una charla en el patio con el compañero más querido.

En aquel momento, “todos” éramos muy pocos, apenas unos quinientos. Las clases eran poco numerosas, y estas características ayudaban a que se desarrollara un clima agradable, a veces confrontativo, pero fraterno y muy propicio para la enseñanza y el aprendizaje. Tuvieron ustedes el lujo de ser profesores en esos instantes fundacionales de la carrera de Ciencia Política en la UBA, y yo me enorgullezco de haberlos tenido como profesores y compañeros de discusiones, académicas y políticas (más éstas que aquéllas). Aunque en mis entrañas sobresalen Federico Schuster y Mabel Thwaites Rey, no puedo dejar de agradecer también a Luis Aznar, Leandro de Sagastizábal, Leandro Llovet, Atilio Borón, Rubén Dri, María Grossi y Ricardo Nudelman, entre otros. Muchas gracias a todos.

Daniel Cabrera



www.cienciapolitica.sociales.uba.ar

e-mail: cpolit@sociales.uba.ar